
La
ESCANDALOSA
PROPUESTA DE
Lady Hayben
Encarna Magín
Selecta

# La escandalosa propuesta de lady Hayben

*Encarna Magín*

*Selecta*

# Capítulo 1

*Giffod Castle, Essex, Inglaterra, otoño de 1821*

La temporada social en Londres había terminado en agosto, y el otoño era la mejor fecha para casarse. Era tiempo de cosecha; las semillas, sembradas durante la primavera, daban sus frutos y auguraban a cualquier pareja un matrimonio fértil y feliz. En esa época, las familias pudientes viajaban a sus residencias campestres y no regresaban hasta enero, fecha en la que darían comienzo las sesiones del Parlamento; era el pistoletazo de salida para otra nueva temporada social.

Kassandra, la marquesa de Hayben, se miró en el espejo ataviada con su precioso vestido de novia, en un tono celeste, con un brillante brocado plateado que iluminaba su rostro de felicidad. Nunca llegó a imaginar que volvería a casarse; había cerrado la puerta al amor después de haber sufrido la traición de un hombre que ya había expulsado de sus pensamientos para siempre.

Detrás de ella estaba Helen, su amada cuñada, la duquesa de Giffod, esta no podía evitar que lágrimas de felicidad se derramaran por sus ojos grises. Kassandra se dio la vuelta y la abrazó.

—Oh, Helen, no llores, o si no, lo haré yo también.

Su cuñada se enjugó las lágrimas con su pañuelo, a pequeños toques.

—Lloro de felicidad —suspiró y meneó la cabeza—. Él te hará

muy feliz.

—Lo sé, me ama y yo… —Hizo una pausa—. Yo lo amo con todo mi corazón.

Solo de pensar en lo mucho que adoraba a su futuro esposo se le quebraba la voz de la emoción.

—¿Te acuerdas de cómo empezó todo? —preguntó la duquesa, emocionada.

Kassandra se llevó las palmas de su mano a las mejillas, que notó arder de inmediato.

—¡Cómo olvidarlo!

*Giffod Castle, Essex, Inglaterra, unos meses antes…*

Kassandra, marquesa de Hayben, abrió el cajón de su tocador y agarró el relicario con la cadena rota, que contenía el retrato diminuto del rostro de su esposo Arthur. Lo apretó en su puño, en un gesto que mostraba frustración y decepción. A pesar de que hacía cinco años que había fallecido debido a que contrajo el sarampión, no superaba su traición. Había huido de Londres a fin de que su familia no se diese cuenta de su sufrimiento, que siempre disimulaba delante de ellos. Ni sus dos hijos ni el nacimiento de su sobrino, apenas hacía unos cinco meses, lograban mitigar esa espina dolorosa que tenía clavada en su corazón.

Por ello, y a pesar de que la temporada social en Londres estaba en pleno apogeo, se había tomado dos semanas de descanso. Y su escapada finalizaba en un par de días, cuando partiría a la ciudad de nuevo. Esperaba hacerlo con fuerzas renovadas, para poder lidiar con los cotilleos de las lenguas viperinas de la aristocracia. Podía afirmar sin equivocarse que la hubieran relegado al ostracismo si no hubiera sido por su hermano Ralf, séptimo duque de Giffod, la persona más influyente de la sociedad y de la Cámara de los Lores. Su palabra era ley, nadie que amara su posición se hubiera atrevido a hacerle a ella un mal comentario o gesto.

No obstante, lo que más le costaba sobrellevar era poner buena cara a los pretendientes que su hermano le presentaba en cenas que él y su cuñada organizaban. Detrás de los esfuerzos del duque había su deseo a que se volviera a enamorar, pero por más que le pedía a Ralf, una y otra vez, que dejara de buscarle marido, que no volvería a enamorarse nunca más, él insistía diciéndole que todavía era joven, y que una mujer con dos hijos no podía estar sola. Ella le contestaba que lo tenía a él y a su esposa Helen, con todo le rebatía

diciéndole que por más que ellos estuvieran a su lado, el cariño y la protección de un buen esposo la mantendrían a salvo y la ayudarían a olvidar definitivamente a Arthur.

Sin embargo, ella no quería ser rescatada. Había aprendido que el amor no existía, una lección que le había dado la vida y que no olvidaría jamás. No soportaría que otro hombre la traicionara tan vilmente, y solo escudándose en su soledad impediría que la lastimaran.

De pronto sintió que le faltaba aire: era como si las paredes se le cayeran encima. Cogió un chal, que se colocó sobre los hombros, y salió de Giffod Castle. Pensó que dar un paseo por los maravillosos y estéticos jardines del castillo levantaría su espíritu. El ambiente era tibio, el ligero aire mecía los tirabuzones negros en su frente y sobre las orejas. El sol acariciaba el rostro blanco de la marquesa y no tardó en cubrir de color sus mejillas. Anduvo por entre los tulipanes y las rosas; se fijó en que las margaritas estaban preciosas, las mariposas revoloteaban sobre sus tupidos pétalos blancos. El zumbido de las abejas creaba una cándida melodía.

Llegó hasta el pequeño estanque, las ranas saltaban entre los nenúfares, también había una pareja de patos que nada más verla levantaron el vuelo, asustados. Allí fue donde Arthur, marqués de Hayben, se había declarado y le había pedido matrimonio. Las lágrimas salieron con brío por sus ojos grises y necesitó esconderse de la rebosante felicidad que mostraban los jardines en esa época del año. La primavera era una época feliz, idónea para el amor, pero ella estaba lejos de esos sentimientos. Echó a correr como si el mismo diablo la persiguiera, tan deprisa que no escuchó que un caballo con su jinete se acercaba a la suntuosa escalinata por la que se accedía al majestuoso Giffod Castle.

—Buenos días —saludó el desconocido.

La voz profunda provocó que Kassandra se detuviera a los pies de la escalera, giró la cabeza, y, a través de las lágrimas, percibió la silueta borrosa de un hombre que había desmontando y se acercaba a ella. Lo observó, y por un instante creyó estar en altamar a punto de ser capturada por un pirata. Se olvidó de respirar y mantuvo los ojos bien abiertos. En realidad, no sabía muy bien qué esperar de un hombre que emanaba peligro por cada poro de su piel. Era tan corpulento y alto como su hermano Ralf, pensó que con poco esfuerzo podría llevársela a volandas a su cueva de corsario. Su cuerpo se llenó de una extraña combinación de deseo y aventura, y se regañó mentalmente. ¿Desde cuándo tenía ella tales fantasías? El individuo la miró con mucho descaro, pero la sonrisa sincera que le

brindó consiguió calmar sus temores.

—Unos ojos tan bonitos nunca deberían derramar una lágrima... —mencionó el desconocido; sacando un pañuelo del interior de su levita entallada, alargó el brazo hacia ella y se lo ofreció.

A Kassandra ya no le causaban ningún efecto los cumplidos. Era una mujer de treinta años, no una debutante a la que las mejillas se le teñirían de rojo ante un comentario como ese. Aun así, le llevó unos segundos reaccionar, pues encontraba atractiva la sonrisa de ese hombre. Miró el pañuelo y vaciló un breve momento, pero lo aceptó y se limpió las lágrimas.

—No son lágrimas, me ha entrado algo en el ojo...

Su tono vacilante mostraba que no decía la verdad, pero el desconocido no insistió. No pudo menos que sentirse consternado al percibir la tristeza en los ojos de la dama y quiso consolarla. Estaba al tanto de los cotilleos sobre el difunto esposo de la marquesa, y empezaba a pensar que gran parte de esas habladurías eran ciertas. Como ciertos eran los comentarios sobre su belleza: pómulos bien definidos, ojos almendrados, cejas arqueadas y labios generosos. Se quedó maravillado, no podía apartar los ojos de ella. La dama llevaba un vestido de cintura alta de muselina rosada, sus hombros los cubría un chal blanco. Su constitución delgada y elegante provocaba que la pieza cobrara vida. Sin duda era el tipo de mujer con la que le gustaría casarse. Huía de las jovencitas inmaduras, lloronas y caprichosas; prefería una dama adulta que no se asustara cuando la tocara con pasión y con la que pudiera hablar de cualquier cosa sin miedo a ofender sus tiernos sentimientos.

Sin duda ella era perfecta. De pronto tomó la decisión de que lady Kassandra de Hayben sería su esposa, costara lo que costara. Bien sabía que lo tenía todo en contra. Era un yanqui descarado, no tenía ningún título nobiliario y el hermano de la marquesa, Ralf, duque de Giffod, no daría jamás su consentimiento. Pero a pesar de sus defectos, podía presumir de regodearse entre los nobles más selectos de la alta sociedad londinense. Nadie se atrevía a echarlo de los lugares solo frecuentados por los aristócratas. Había amasado una gran fortuna con su naviera, casi podía decir sin equivocarse que su flota de barcos era la más grande, con diferencia. Además, había aumentado su patrimonio con las apuestas en el Club Lion, su club de boxeo. Aun así, su gran fortuna no sería ningún reclamo para un duque que convertía en oro todo lo que tocaba. Pero él también podía alardear de eso: las inversiones se le daban muy bien, ya que aplicaba la esencia del empeño y el buen hacer a todos sus proyectos. Haría gala de ello intentando conseguir su propósito

de convertir en su esposa a la dama que contemplaba fascinado.

—Permita que me presente, lady Hayben –dijo al tiempo que se quitaba el sombrero de copa alto—, me llamo Nelson Wagner.

La dama no disimuló su sorpresa por el hecho de que la conociera.

—¿Me conoce? ¿Acaso hemos coincidido alguna vez? Sinceramente… no lo recuerdo.

—No, milady, no he tenido el placer de coincidir con usted en ninguna ocasión. Sin duda, yo no la hubiera olvidado. A decir verdad, ha sido fácil saber quién era, los comentarios sobre su belleza no son exagerados.

Sin embargo, la marquesa no estaba de ánimo para aguantar las atenciones de un supuesto pretendiente, y quiso dar la conversación por finalizada. Le entregó el pañuelo mientras decía:

—Señor Wagner, no soy una jovencita debutante que se deshaga ante sus atenciones. Si le ha enviado mi hermano a cortejarme, ya puede regresar por donde ha venido.

El hombre echó la cabeza atrás y soltó una sonora carcajada. Kassandra lo fulminó con su mirada gris.

—Le aseguro, milady, que si su hermano supiera que estoy aquí me sacaría de su hogar a patadas y me prohibiría acercarme a usted. Yo no soy como los caballeros que pululan a su alrededor atraído por su belleza, por su dinero y por las influencias del gran duque de Giffod. Yo soy todo lo contrario de lo que su excelencia desearía para usted.

La prudencia instaba a la marquesa a echar a ese hombre de allí, pero la curiosidad pudo con ella.

—Y entonces, señor Wagner, ¿a qué debo su visita?

—Necesito hablar con usted sobre un asunto importante. ¿Podría dedicarme unos minutos?

En ese momento bajaba el mayordomo por la escalinata, cuando estuvo a la altura de ellos dos hizo una reverencia.

—Milady, ¿necesita mis servicios?

—El señor Wagner y yo estaremos en la sala grande, traiga un té y galletas, y diga al mozo de cuadra que se ocupe del caballo, hoy hace un día caluroso y necesitará agua.

El yanqui entregó el sombrero de copa y los guantes al sirviente.

—Preferiría champán, milady. Nunca entenderé la costumbre de los ingleses de beber té a todas horas. ¡Es un brebaje que no daría ni a mis perros!

Kassandra alzó una ceja, debería sentirse insultada ante tal

comentario; sin embargo, la franqueza de ese individuo le resultó gratificante.

—Ya ha oído al señor, traiga champán y unas fresas silvestres —pidió la dama mirando a su sirviente, este se apresuró a cumplir las órdenes, y ella se centró en su invitado—. Es de gustos refinados, señor Wagner.

—Solo se vive una vez, milady, y prefiero hacerlo con exceso.

Él le ofreció su brazo, ella posó su pequeña mano y ambos subieron los peldaños de la escalinata. Cuando entraron en el castillo, Nelson quedó fascinado de sus techos dorados, tapices franceses, estatuas de mármol, candelabros de oro y enormes arañas de cristal con forma de corona. Los muebles eran piezas exquisitas restauradas, de gran valor; sin duda estaban a la altura de los palacios reales.

—Tengo que felicitarla, milady.

—¿Por qué? —preguntó lanzándole un rápida mirada.

—Tengo entendido que se encargó usted de la restauración de Giffod Castle. Su gusto es tan exquisito como su belleza.

—Parece que está muy bien informado. ¿Qué más le han contado? —interrogó con un deje de irritación en la voz, las murmuraciones eran el pasatiempo de los nobles, y bien sabía que en Londres todos cuchicheaban a sus espaldas.

Kassandra instó a su invitado a que se sentara en el sofá rococó ubicado frente a una gran chimenea. Antes de tomar asiento, él se apartó de una sacudida los faldones traseros de su levita para no arrugar la prenda. Deslizó sus ojos por todos los rincones: esa estancia era tan refinada como el resto del castillo y Nelson pensó que Kassandra haría maravillas en la residencia campestre que había adquirido recientemente. No pudo evitar posar su mirada en el piano de cola, el sol entraba por una enorme ventana y proyectaba sus rayos en la brillante pieza. Se la imaginó tocando para él.

—Señor Wagner, no ha contestado a mi pregunta —mencionó la marquesa mientras tomaba asiento en la butaca que se hallaba perpendicular al sofá.

—Tiene un magnífico piano. ¿Sabe tocar, milady?

—No sería una dama bien criada si no lo hiciera. —La marquesa se acomodó en su asiento—. ¿Está usted intentando cambiar de tema, señor Wagner? —preguntó en un tono recriminatorio.

—Olvidaba que pertenece a la élite de Londres, y como tal, el piano debe ser uno de sus muchos talentos.

Cierto, el hombre intentaba cambiar de tema. Nelson observó sus ojos grises, que no dejaban de desprender un efluvio de tristeza. Si se hubiera tratado de otra dama, sin duda no tendría reparo en detallarle los comentarios pretenciosos y de mala fe que hacían las demás mujeres sobre ella. Pero él lo veía de diferente manera: Kassandra solo había sido otra víctima de un canalla que había encontrado su castigo en una muerte prematura. No deseaba lastimarla, sino protegerla; y eso era un sentimiento nuevo para él, muy alejado del hombre sin escrúpulos, y descarado, cuando se trataba de conquistar a las mujeres superficiales de la aristocracia, para atender sus apetitos varoniles. Las apariencias dejaban de ser importantes en algunas nobles lujuriosas, que se alejaban de sus esposos impuestos y de la falsa sociedad londinense cuando necesitaban satisfacer sus deseos más íntimos, y él se aprovechaba de ello.

—Tengo que advertirle que muchos de los cotilleos que afectan al buen nombre de mi familia no son ciertos —manifestó la dama.

—No lo pongo en duda, usted causa admiración en los caballeros y envidia en las damas, sobre todo en las damas con el rostro como una uva pasa.

El comentario arrancó a la marquesa una ligera carcajada, que debido a su condición social ocultó con rapidez. Él le sonrió con afecto; y si bien cuando ella lo vio por primera vez sus ojos profundos la llenaron de temor, en aquel instante se quedó sin aire. Porque en su mirada coñac había condensadas burbujas achispadas y sintió que se le subían a la cabeza. Se esforzó en contener un suspiro de deleite cuando un calor agradable recorrió su bajo vientre provocándole cosquillas. Se fijó en lo atractivo que era: su tez bronceada atestiguaba que le había dado mucho el sol, y aunque las pieles blancas resultaban a ojos de todos más elegantes, a Nelson le otorgaba un aire exótico muy tentador. Su pelo castaño oscuro, algo alborotado y largo hasta los hombros, y su sonrisa atrevida le conferían una expresión de pirata muy marcada. Sin embargo, su elegante vestimenta y sus pómulos y mentón bien afeitados suavizaban ese rasgo de lobo de mar. Sin duda era un hombre que no pasaba desapercibido, y si se hubieran cruzado con anterioridad no se habría olvidado de él.

—Y dígame, señor Nelson, ¿qué es ese asunto tan importante del que tenía que hablarme?

—Acabo de comprar la propiedad que linda con las tierras de Giffod Castle. Quiero reformarla y convertirla en algo majestuoso, digno de una mujer como usted.

—Oh, señor Nelson, deje sus alabanzas para una dama que las valore —mencionó con hastío la marquesa.

El mayordomo apareció con una bandeja, sirvió el champán en copas de refinado cristal y dejó en la pequeña mesa ovalada ubicada frente al sofá una bandeja de plata con fresas silvestres artísticamente colocadas. Inmediatamente después, el sirviente se retiró y los dejó solos.

—No son alabanzas, milady —puntualizó Nelson—. Vine con un objetivo, que era hacer una oferta a su hermano por las tierras que lindan con mi propiedad. Pero en cuanto la vi mi propósito cambió.

Kassandra dio un sorbo a su copa. Las burbujas del champán acariciaron su paladar.

—¿En qué ha cambiado su propósito?

—Quiero que sea mi esposa. Me gusta mucho y deseo tenerla solo para mí —dijo sin ninguna vergüenza—. Podemos casarnos en un par de semanas, ¿qué dice, milady, acepta mi oferta?

Nelson no apartaba la mirada de ella, estudiaba su reacción. No negaba que las damas convencionales huían de sus atrevidos comentarios; ese era uno de los motivos por los que nunca había querido casarse con ninguna. Pero ella no lo había hecho, y allí estaba mirándolo con indiferencia, como si le estuviera explicando una receta.

—¿Se está burlando de mí, señor Wagner? —preguntó con un matiz recriminatorio en el tono.

—No. Hablo muy en serio, y le advierto que siempre cumplo mis deseos —replicó muy grave, alzó su copa—. ¿Brindamos? Tenemos mucho que celebrar, ¿no cree?

—Yo creo que no. —Dejó su copa sobre la mesa de centro, emitiendo un gran suspiro que arrancó una mueca a Nelson—. ¿Cómo sabe que soy la mujer de su vida? No me conoce, y dudo que sea de su agrado. Suelo refunfuñar a todas horas, soy tremendamente caprichosa y ronco por las noches.

Nelson rio.

—¿Está intentando hacerme desistir? Ya le he comentado que siempre consigo lo que deseo.

—Le estoy diciendo la verdad.

Él ignoró el comentario, sabía de cierto que estaba mintiendo.

—Cambiará de opinión en cuanto la bese.

Kassandra no podía creerse tener ese tipo de conversación con un desconocido.

—Es usted un descarado... y muy insistente.

—Sí a lo primero y sí a lo segundo. —Dio un sorbo a su copa

antes de continuar—. ¿No cree en las primeras impresiones?

—¿Primeras impresiones? No le entiendo.

—Conocer a una persona y saber de verdad que tenéis mucho en común, que encajáis a la perfección. Y esa es la sensación que me ha causado en cuanto la he visto, milady.

—Creo que el champán se le ha subido a la cabeza —se mofó ella—. Dudo que encajemos, y esa es la impresión que me causa usted: total indiferencia por mi parte, señor Wagner —le rebatió.

—Cuando me conozca un poco más se dará cuenta de cuán equivocada está. —Posó su copa en la pequeña mesa redonda y se levantó—. Mañana, antes de las doce, vendré a buscarla para enseñarle mi residencia campestre.

—¿Y si no acepto su invitación? —preguntó, se puso en pie también.

—Recuerde que soy muy insistente y no voy a aceptar un no. Y para hacerle la cita más interesante, contestaré a todas las preguntas personales que quiera hacerme.

¡Vaya! La propuesta era tentadora, pero sería muy atrevido por su parte reconocerlo abiertamente, por lo que puso una expresión neutra.

—¿A todo? —contestó ella en un tono comedido a fin de esconder su agrado—. No sé si eso le conviene.

—A todo, sin filtros de ninguna clase. Pero tenga en cuenta que soy un hombre poco convencional.

Ella esbozó una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta… —mencionó divertida.

Apareció el mayordomo, con los guantes y el sombrero; Nelson agarró ambas cosas y le hizo una reverencia a la marquesa.

—Entonces nos vemos mañana, milady.

Kassandra lo observó alejarse. Su porte proyectaba a un hombre poderoso, y sus pasos eran tranquilos y seguros. A pesar de que no lo había reconocido ante él, a ella también ese desvergonzado yanqui le había causado la sensación de que podían encajar muy bien. Pero se sacó tales pensamientos de la cabeza al recordar a su difunto esposo. Entonces la tristeza cubrió de nuevo su mirada como si fueran nubes de tormenta ocultando el sol.

# Capítulo 2

Nelson cumplió su palabra y a media mañana estuvo frente a Giffod Castle sobre su montura. Ella, como toda dama que se preciara de serlo, ya lo estaba esperando montada a la mujeriega sobre su yegua, ataviada con su traje de montar verde bosque y marrón, confeccionado con tela más resistente de la habitual y con las faldas más largas para cubrir en su totalidad las piernas. Nelson no pudo evitar cabecear con impertinencia.

—¿Sucede algo, señor Wagner? —preguntó ella al darse cuenta de la censura que brillaba en su mirada coñac.

—Nada que no se pueda arreglar. Cuando pasee conmigo a caballo puede hacerlo a horcajadas, milady. Usted irá más cómoda y su yegua lo agradecerá.

—No es decoroso.

Nelson abrió los brazos abarcando todo a su alrededor.

—¿Acaso alguien nos verá? Que yo sepa no vive nadie varios kilómetros a la redonda.

—Señor Nelson, teniendo en cuenta que esta será la primera y última vez que salga a pasear con usted, poco importa la manera en que monte, ¿no cree?

La expresión del hombre tomó un cariz divertido.

—Veremos, milady, yo no estaría tan seguro. ¿Nos vamos?

Ella atusó a su montura y emprendieron la marcha. El ambiente era cálido, pero sin ser bochornoso. El aire tenía un ligero aroma

floral debido a la explosión de la madre naturaleza, típico en el mes de abril. Los pájaros trinaban y surcaban el cielo de un lado a otro. Todo era idílico y disfrutaron del camino a la residencia campestre de Nelson.

Cuando llegaron, el yanqui le enseñó su hogar. La mansión tenía el aspecto de estar años desatendida, tanto por dentro como por fuera, y necesitaba una reforma integral. De ningún modo era tan grande como Giffod Castle, pero en cuanto fuera ampliada y reformada, sin duda no tendría nada que envidiarle. Kassandra le dio varias ideas, que él acogió de muy buen grado, y aseguró que las tendría en cuenta. Después salieron al exterior, Nelson deseaba enseñarle el lago que había detrás de la vivienda y el motivo por el cual se había quedado con esa propiedad.

—¿Y dígame, señor Wagner, piensa quedarse a vivir aquí? —preguntó ella caminando por un sendero que llevaba al lago—. Recuerde que prometió contestar a todas mis preguntas.

—No lo he olvidado, voy a contestar a todo lo que pregunte. Y no, no pienso convertir esta mansión campestre en mi vivienda habitual, sino de descanso. Tengo que atender mis negocios y, desgraciadamente, no puedo hacerlo desde aquí.

—¿Hay alguna mujer en su vida?

Kassandra se sorprendió por su atrevimiento, pero él le había dicho que le contestaría a todas sus preguntas y se moría de ganas por tener ese dato.

—Sí, hay una mujer. —Ella se detuvo, él hizo lo mismo y la dama tuvo que esforzarse por no fulminarlo con la mirada. Pero él leyó sus pensamientos—. Desde luego que me gusta que se sienta celosa.

A ella se le desencajó la mandíbula y lo atravesó con sus ojos grises.

—¿Celosa? Lo que yo tengo en mente es otra cosa. —Una dama jamás utilizaría una palabra malsonante, por lo que se contuvo, porque las ganas de insultarlo hasta quedarse ronca eran grandes—. ¿Cómo se atreve a... a cortejarme teniendo una mujer que lo espera en Londres? Su descaro es...

Kassandra se dio cuenta de que gritaba y decidió guardar silencio. Además, él la miraba con expresión divertida, cosa que la indignó más y estuvo a punto de abofetearlo. Se dio la vuelta, dispuesta a poner kilómetros de tierra entre él y ella, pero Nelson le agarró el brazo.

—Si deja que me explique, milady, se dará cuenta de que su enfado está siendo muy injusto.

—Está bien, explíquese. Tiene un minuto —exigió con dureza.

—Será suficiente. La mujer de la que le hablo es como una madre para mí. Se llama Martha y lleva conmigo diez años. La conocí en Charleston, era una esclava que yo liberé.

A Kassandra se le colorearon las mejillas de vergüenza. Se estaba dando cuenta de su error, pero lo peor de todo era la sensación de que se había comportado como una mujer celosa. Aun así, su apuro no la privó de disculparse.

—Siento haberle gritado, señor Nelson.

Él asintió, y reanudaron el paso.

—Cuando esté en Londres, me encantaría presentarle a Martha.

Ella esbozó una sonrisa antes de hablar.

—Claro, me encantará conocerla.

—Y a ella también le gustará, lleva años insistiendo en que me case; y cuando conozca a mi futura esposa estará muy feliz.

Kassandra puso los ojos en blanco.

—Oh, señor Wagner, no voy a casarme con usted. Quítese semejante idea de la cabeza. Dejé de creer en los cuentos de hadas de finales felices hace mucho mucho tiempo.

—Bueno, no todas las ranas son príncipes. Solo debe asegurarse de dar un beso a la rana correcta.

—Sapos, yo solo veo sapos —afirmó ella, irguiendo su espalda mientras aceleraba el paso dejándolo atrás.

Kassandra escuchó la risa de Nelson a su espalda y no pudo evitar sonreír también. A los pocos metros se detuvo, él lo hizo a su lado. La visión majestuosa del lago zanjó el tema, solo de momento, porque el yanqui no lo pensaba dejarlo estar. Giró el rostro para observarla, y los ojos abiertos de la marquesa y el brillo expectante de su mirada gris indicaron al hombre su admiración por el paisaje. No era para menos: el agua estaba de un azul tan luminoso que podía competir con el cielo. Había patos y cisnes viviendo en armonía, disfrutando plenamente del alimento que les proporcionaba el interior de las aguas. En medio del lago había como un montículo de apenas unos doscientos metros cuadrados cubierto por hierba, flores y varios árboles, que ofrecía un lugar para disfrutar en soledad del espectáculo. Se podía acceder con una barca blanca y azul con remos, que había atada en la orilla del lago.

—Esto es precioso, señor Wagner —mencionó ella impresionada por la belleza del lugar, mirando al frente—, entiendo por qué ha decidido quedarse con esta propiedad.

Nelson observó el perfil del rostro de la marquesa. En ese instante su belleza era tranquila, reconfortante, y a él se le desbordó

el corazón.

—¿Se atreve a dar un paseo en ese bote? —preguntó Nelson, señalando con la cabeza la pequeña embarcación.

Ella asintió, no había nada que le apeteciera más que dar un paseo por el lago. Nelson fue el primero que embarcó, agarró la mano enguantada de la dama para ayudarla, ya que la embarcación se mostraba algo inestable con sus vaivenes. Cuando ella puso un pie en el interior del bote, una sacudida la hizo tropezar y cayó, literalmente, entre los brazos de Nelson. El aroma de flores de lavanda que desprendía la mujer acarició los sentidos del yanqui. Él deslizó sus grandes manos por la cintura esbelta de la marquesa, ese contacto tan íntimo provocó que ella gimiera sorprendida. Nelson la mantuvo sujeta, se miraron profundamente, sus respiraciones se agitaron. Él miró sus labios generosos, sus pupilas se abrieron, deseaba como un loco probar esa boca suave y jugosa. La idea hirvió en su interior agónicamente, y se dispuso a saciar su necesidad: inclinó la cabeza en busca de un contacto íntimo. Quería arrebatarle el sentido cuando su lengua entrara en contacto con la suya, que ambos se perdieran en el calor de la pasión.

Sin embargo, ella no estaba dispuesta a extraviarse en el placer del primer beso, y reaccionó girando el rostro en el último momento.

—Señor Wagner, por favor… —rogó la marquesa, apretó las palmas de sus manos en el torso masculino, forzando al hombre a apartarse—. Suélteme… —Lo dijo tan débilmente que cualquiera hubiera pensado que su boca decía una cosa que su interior no sentía, ella también se percató y carraspeó para obligarse a ser más contundente—. ¡Suélteme!

El hombre besó su frente y la dejó libre, Kassandra se tambaleó, pues la embarcación no ofrecía mucha estabilidad estando de pie, por lo que él la ayudó a sentarse en un tablón colocado en la proa a modo de asiento. Nelson se ubicó frente a ella, en el tablón de popa, cogió los remos, la miró, le sonrió y dijo:

—Todo llegará… y ambos lo disfrutaremos.

Ella se agarró al tablón, y disimuló como si no lo hubiera escuchado. Su cuerpo empezaba a sentir unos calores ardientes, y si seguían hablando del tema no sabía cómo aguantaría.

El yanqui remó hasta el montículo, desembarcaron y a la dama se le encogió el pecho ante tanta belleza. Había una roca a la sombra de los árboles, Nelson se quitó su chaqueta de montar y la extendió en la roca. Kassandra se quedó embobada mirando cómo la tela de su camisa blanca se tensaba sobre su ancha espalda, sus

bíceps eran enormes y ella temió que de un momento a otro la ropa se rasgara. Nelson la instó a que se sentara y la mujer obedeció.

—Me sorprende, señor Wagner, tiene maneras caballerescas.

Nelson se acercó a la dama, la roca era suficientemente grande para sentarse los dos, de hecho, casi podría decirse que alguien la había colocado allí expresamente para que tuviera esa utilidad.

—Cuando la dama lo merece no dudo en desplegar todos mis encantos. No soy un salvaje, milady. Que no haya nacido en el seno de una familia de alta alcurnia no impide que me comporte como un caballero ante una dama de verdad.

Hablaba con dureza y ella creyó que lo había ofendido.

—Oh, perdone, no quería ofenderlo.

—No lo ha hecho, es solo que a veces me acuden a la mente las muchas ocasiones en las que los suyos me ofendieron en el pasado.

—Mi familia y yo no tenemos por costumbre comportarnos con altivez. —Un escandaloso grupo de patos, que nadaban a unos metros de ellos, captó la atención de la marquesa, parecían jugar y sonrió. Agradeció la interrupción, pues le permitió zanjar el tema—. Ni el mejor cuadro puede mejorar los que mis ojos ven —mencionó la dama—. Espero saber plasmarlo en un lienzo.

—¿Sabe pintar, milady?

—Lo intento, tuve un buen profesor en Robert Myles, ahora enseña a mis hijos.

—¿Robert Myles? —Asintió con la cabeza—. Desde luego que lo conozco, hemos coincidido alguna vez, vive a las afuera de Londres, ¿verdad?

—Sí, en Hill Menor, es amigo de la familia, y muy buen pintor. Se lo aconsejo si quiere decorar las paredes de su hogar con sus bellos cuadros. —Kassandra contempló el agua—. Dan ganas de zambullirse.

—Por mí no se reprima —dijo él en un tono pícaro—. Puede desnudarse, nadie la verá, salvo yo, claro, pero prometo no mirar.

Ella apartó los ojos, su conversación la incomodaba.

—Señor Wagner, es usted imposible —mencionó enojada, se obligó a observarlo para dedicarle una mirada de reproche que él ignoró.

—Hablo en serio, ¿sabe el placer que proporciona el agua cuando acaricia partes del cuerpo que uno ignora que tiene?

—Y también es usted un descarado, no es correcto hablarle de esta manera a una dama —lo regañó ella.

El yanqui se carcajeó, unas carcajadas contagiosas que provocaron que una sonrisa espontánea borrara el ceño furibundo

de ella.

—La reto a que lo pruebe, milady, entonces me dará la razón.

—Me ahogaría, no sé nadar muy bien, lo reconozco —confesó, cruzó las piernas bajo la falda larga y alisó en un gesto inconsciente la tela.

—Puedo enseñarle —se ofreció el yanqui, sus ojos coñac tomaron otra vez ese aire ebrio que embriagaba a la marquesa.

La mujer tragó saliva, se esforzó porque ese hombre no la afectara tanto.

—¿Sabe usted nadar? —preguntó.

—Aprendí por supervivencia. Empecé de niño trabajando en un buque mercante. Mis orígenes fueron muy humildes, milady. Sé lo que es el hambre, el frío, el trabajo duro y los golpes si me atrevía a descansar. Le aseguro que todo lo que tengo me lo he ganado duramente.

La revelación conmovió a la dama, lo miró, y en lo más profundo de sus pupilas abiertas, ella logró percibir la tristeza que le provocaba recordar su pasado. Estaba siendo sincero, y eso la hizo sentir perpleja. En la sociedad en la cual vivía, la verdad brillaba por su ausencia. Sin duda, ese hombre era un desvergonzado, pero también era genuino, y muy a su pesar, se sintió segura a su lado. De pronto, quiso saber más de él.

—¿Cómo consiguió hacerse rico, señor Wagner? —interrogó ella.

—Como le he dicho, trabajé desde muy niño. Soy huérfano y los huérfanos no tenemos oportunidades, salvo robar. Pero siempre quise un futuro mejor, y luché. Trabajé muchos años, ahorré dinero e invertí en una naviera, al poco tiempo me convertí en su socio. Un día, el propietario tuvo un altercado en Charleston con un tipo a quien le prestó dinero, y lo mataron. Desde entonces soy el único dueño, y he ampliado el negocio comprando más buques.

—Ha tenido mucha suerte.

—La suerte es para quien la busca.

—Cierto —asintió la dama.

—Ya ve que sería un marido más que digno para usted, milady.

—Señor Wagner, no deseo casarme, ya lo estuve una vez y tuve suficiente.

—Pero no lo estuvo conmigo —arguyó él.

—¿Acaso algo cambiaría? La naturaleza masculina es la misma en todos los varones.

Nelson arqueó una ceja castaña de una manera muy impertinente.

—¿Diferentes collares para un mismo perro? ¿Se refiere a eso, milady?

—Sí, veo que me ha entendido.

—Es usted la que no me entiende —la contradijo él—. Yo no soy como su esposo Arthur, el marqués de Hayben.

Ella dio un respingo al escuchar el nombre de su difunto esposo, un nombre que le provocaba tristeza. Dejó de mirar los patos para centrarse en su interlocutor.

—¿Qué sabe de Arthur?

—Como le manifesté cuando nos conocimos, son muchos los comentarios que circulan sobre su esposo. No pretendo entristecerla, pero todos sabían el gusto que tenía el marqués por las jovencitas, casi niñas.

—Un gusto enfermizo y morboso… —musitó al borde del llanto, no pensaba negarlo, era demasiado consciente de los pecados de Arthur.

Se levantó y se acercó al agua, él hizo lo mismo. Cuando llegó a su altura, la agarró suavemente de los hombros y la obligó a darse la vuelta. La mirada gris de la dama estaba rebosante de lágrimas sin derramar.

—No se culpe de algo de lo que no tiene la culpa.

El rostro de la marquesa se contrajo y mostró furia.

—Los hombres son seres lujuriosos. —Masticó cada palabra con rabia, culpabilizando a todos los varones de los defectos de su difunto esposo.

—No niego que me gusta yacer con mujeres, pero mi deseo es sano comparable con el de su esposo.

—Deje que lo ponga en duda. Por favor, quiero regresar… —pidió andando hacia el bote, mientras apretaba los puños al costado de su cuerpo.

Pero él la detuvo y la obligó a que lo viera.

—No me mire así —solicitó él.

—¿Cómo lo miro?

—Como si yo fuera igual que Arthur. Tal vez si paso de las palabras a los actos me entienda mejor.

A Kassandra no le dio tiempo a oponerse, casi no le dio tiempo ni de respirar. Se vio envuelta en los brazos del hombre, con sus labios apretados a los suyos; la besaba con una pasión tan desbordante que temió desmayarse allí mismo. Abrió la boca para negarse, pero él aprovechó para introducir la lengua. Y entonces todo dejó de importarle y absorbió aquel beso como si fuera oxígeno.

Él profundizó el beso mientras se pegaba más a ella. Exploró su boca acariciando cada rincón con la punta de su lengua y Kassandra respondió imitado sus dulces movimientos. Era como si un fuego hubiera prendido sus cuerpos y fueran devorados por un calor pasional. La mujer apartó lentamente su boca para respirar, y Nelson acarició los labios con un dedo. La humedad del beso cubrió su piel y gimió de deleite.

—¿Entiendes lo que quiero decirte? —murmuró con la voz titubeante de placer—. Yo sería fiel siempre, provocas en mí un hondo deseo que solo tú puedes saciar.

—Señor Wagner, solo ha sido un beso.

—Un beso al que has respondido con pasión, y me atrevería a decir que por la manera en la que me has aceptado nadie te ha besado como yo lo he hecho.

¿Cómo era posible que él se hubiera dado cuenta de que los besos de Arthur no tenían nada que ver con el que acababa de darle él? Nelson había apuesto todos sus sentidos en ese contacto íntimo; en cambio su esposo, cuando la besaba, parecía hacerlo pensando en otra cosa. Nunca había sido consciente hasta ese momento, porque nunca nadie más la había besado, salvo su difunto esposo. Y darse cuenta de ello provocó que su traición doliera aún más. Sin embargo, pensaba negarlo, aunque eso significara tener que mentirle.

—Es usted un egocéntrico, señor Wagner. He recibido mejores besos.

—Llámame Nelson, después de lo que hemos compartido, las formalidades carecen de sentido.

Ella le lanzó una mirada gris de advertencia.

—No se haga ilusiones, señor Wagner. Considere como si no hubiera sucedido nada, porque nunca más volverá a pasar. Por favor, regresemos, se me hace tarde y mañana parto a Londres.

Nelson decidió no insistir. Hicieron el camino de regreso en absoluto silencio. Cuando llegaron a Giffod Castle, Nelson ayudó a desmontar a Kassandra. Intentó que su perfume a flores de lavanda no le afectara, pero el mero hecho de sentirla cerca era suficiente para excitarlo hasta la desesperación, por lo que se separó con rapidez de ella. Se sostuvieron la mirada, ambas llenas de anhelos y a la vez de atrevimiento, el profundo beso se había grabado a fuego en sus interiores. Y la marca no desaparecería, aunque los separaran miles de kilómetros.

En realidad, tanto él como ella buscaban una excusa para volverse a ver.

—Gracias por el paseo, señor Wagner.

—Así que mañana parte a Londres. —Un vago brillo de tristeza se reflejó en su mirada coñac.

—Sí.

—¿Hablará con su hermano de mi interés por comprarle las tierras que lindan con las mías? —pidió el yanqui.

—Por supuesto —afirmó con rapidez.

—Entonces esperaré impaciente su respuesta. —Hundió los hombros—. Aunque no tengo grandes esperanzas de que me reciba.

Ella encorvó las cejas oscuras.

—¿Por qué?

—El socio del que le he hablado, el tipo que murió a manos de un acreedor en Charleston, era Jeremy Kendall. —Hizo una pausa —. Y el acreedor era Devon Spicer, vizconde de Kirthon.

Kassandra arrugó el entrecejo mientras repetía esos nombres en voz baja.

—Jeremy Kendall y Devon Spi... —Se llevó la mano a la boca, alzó la voz al recordar—. El vizconde de Kirthon era el hermano de mi cuñada, y Jeremy era el pretendiente con quien Devon quería casarla. Pero mi hermano se interpuso en sus planes...

—Devon está muerto —informó Nelson—, murió poco después de que lo encerraran en la prisión por el asesinato de Jeremy.

—Sí, lo sé, mi cuñada recibió la triste noticia. Pero dada la naturaleza maliciosa que guio los actos de ese individuo, creo justo el castigo que recibió.

—Yo no soy como Jeremy, pero su hermano me achaca los mismos pecados y jamás me recibirá.

—Mi hermano suele escucharme, hablaré con él —dijo la marquesa, le sonrió.

—Le estoy muy agradecido. —Y le devolvió la sonrisa.

Nelson hizo una reverencia, giró y echó a andar hacia su montura. Kassandra sintió cómo la desesperación arraigaba en su cuerpo. Ese hombre le agradaba, se tocó los labios aún calientes por el beso, en lo viva que la había hecho sentir. La intromisión de Nelson en su vida había significado recibir una bocanada de aire fresco, y ella necesitaba airear su espíritu para liberarlo del yugo de Arthur. Se sentía a gusto, muy a gusto, en compañía de ese desvergonzado, y quería tenerlo cerca. Esa realidad la puso nerviosa, porque tenía miedo de ponerse en evidencia. Siempre había cumplido con las normas de su rango, pero ni eso la había salvado de las habladurías, y empezaba a estar cansada. Miró como él se alejaba... no, no podía dejarlo marchar sin más.

Pensó deprisa, y de pronto tuvo una idea.

—¡Nelson! —gritó la marquesa.

El hombre se detuvo al instante. Que utilizara su nombre sin la cortesía obligada lo llenó de expectación. Se dio la vuelta y la miró.

—Si, milady…

—Llámame Kassandra. —Nelson arqueó sus cejas verdaderamente satisfecho con el cambio—. Quiero hacerle… hacerte una proposición.

La ilusión brilló en la mirada coñac del yanqui.

—¿Acaso aceptas mi propuesta de matrimonio? Nada me haría más feliz.

Se acercó a la mujer en busca de un contacto más íntimo, pero ella lo detuvo alzando las manos.

—No, no se trata de matrimonio.

El comentario enfrió las expectaciones del yanqui, aun así, quería saber su proposición.

—Te escucho.

—Quiero que te hagas pasar como mi pretendiente, solo así los demás caballeros no me molestarán, y en especial mi hermano con sus sugerencias de posibles esposos. A cambio te introduciré en los ambientes más selectos de Londres y conseguiré que mi hermano te reciba.

El semblante del yanqui mostraba que estaba reflexionando, enseguida lo tuvo claro.

—Me parece un plan descabellado, pero no tengo nada que perder y mucho que ganar.

—Entonces te espero dentro de una semana en Sython Palace.

Nelson asintió, en su mirada coñac aparecieron pequeñas burbujas que embriagaron a la mujer. A duras penas logró controlar el hormigueo que asaltó sus entrañas.

—Quiero que sepas que aprovecharé la oportunidad para seducirte, Kassandra, me gustas. Y cuando deseo algo lucho por conseguirlo. Y hasta el día de hoy nunca he fracasado.

—Será interesante ver cómo fracasas por primera vez.

# Capítulo 3

Kassandra regresó a Londres, a Sython Palace, donde vivía con sus dos hijos, Edmund y Victoria, de ocho años de edad; su hermano y su esposa, el duque y la duquesa; y el pequeño Ralf, su sobrino de apenas unos meses. Sython Palace era una de las mejores propiedades de Londres, al lado mismo de Green Park. Se trataba de un palacio de ladrillo rojo, lujoso y enorme por dentro, decorado por artesanos franceses.

Esa vez, la marquesa había regresado luciendo una hermosa sonrisa y su rostro rebosaba de vida, lo que le indicaba a Helen, su cuñada, y a su hermano que la escapada le había sentado de maravilla. Estaban en el comedor de desayuno, los rayos de sol entraban por la ventana y la puerta de cristal doble, que estaba abierta, y por la cual se accedía a un porche y al jardín enorme y bello. Un ligero aroma a flores primaverales se colaba al interior y perfumaba el ambiente. La marquesa y los duques estaban desayunando, Victoria y Edmund habían terminado y jugaban en el jardín un rato antes de subir al estudio donde los estaría esperando la institutriz para sus clases diarias.

Kassandra estaba frente al aparador, sirviéndose unas salchichas y un panecillo recién hecho. Se sentó en su lugar, en un lateral, frente a Helen; Ralf presidía la mesa.

—Tenéis cara de cansancio… —mencionó la marquesa mirando a sus familiares, uno de los tres criados con uniformes negros y

bermellón, y con pelucas blanca, se acercó a servirle café—. Tú, querido hermano, ni siquiera has desplegado el *Times* —dijo contemplando el diario que se encontraba a mano del duque.

—Al pequeño Ralf le está saliendo un diente y nos ha tenido toda la noche despiertos —explicó su cuñada, se toqueteó su cabello rubio oscuro, asegurándose de no tener ninguna hebra suelta, apenas había tenido unos minutos para que su doncella le arreglara el cabello—. Estamos muy entretenidos por las noches.

A pesar de que tenían una niñera las veinticuatro horas para cuidar al infante, a Helen y a Ralf les gustaba cuidar de su hijo, pues no querían perderse ninguna etapa.

—Necesitaré litros de café para aguantar en el Parlamento —mencionó en un tono cansado Ralf, enfatizando que de verdad estaba extenuado; hizo una seña al criado para que le volviera a servir otra taza de café.

Ralf y Kassandra eran hermanos mellizos, y como tal compartían el mismo tono oscuro de cabello; sin embargo, él tenía los ojos en un tono negro, como el padre, y ella grises, como la madre.

—En cambio, tú estás radiante, querida cuñada —mencionó Helen después de dar un sorbo a su café—. ¿Se puede saber qué te ha pasado en Giffod Castle?

—Nada… —suspiró, miró al jardín; el bullicio de sus hijos jugando, correteando aquí y allá, entraba por las batientes de cristal abiertas de la balconera y era música para sus oídos. Una oleada de satisfacción inundó su corazón, no había nada más gratificante que ver a sus hijos felices.

—¿Y por qué no me lo creo? —dijo su cuñada con retintín—. Anda, explica, no nos tengas en ascuas.

—Está bien, solo porque insistes… —mencionó de muy buen humor, con unas ganas enormes de exponer la verdad.

Helen soltó una carcajada. Si bien la relación entre ellas, cuando se conocieron, no fue fluida, más bien todo lo contrario, poco a poco las reticencias quedaron atrás, y terminaron por convertirse en grandes amigas.

—He conocido a alguien… —confesó la marquesa, agitando con parsimonia la cucharita en su café.

Tal declaración cogió al duque por sorpresa, se irguió en su asiento y volvió el rostro hacia su hermana. Como cabeza de familia, Kassandra era su responsabilidad, y velaría por su felicidad. Arthur había sido muy inteligente engañando no solo a su hermana, sino a toda la familia, pues tanto sus padres, cuando estaban vivos,

como él mismo creyeron en sus intenciones. Y no permitiría que ningún hombre volviera a engañarla. La miró ceñudo, y un montón de preguntas surgieron en su mente.

—¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿Lo conozco? —preguntó de golpe, sin casi respirar, achicando su mirada negra—. Necesito saber quién es, pienso investigarlo.

La marquesa bufó y un tirabuzón se agitó en su cara.

—Oh, Ralf, ya soy mayorcita. Además, tendrías que estar contento, al fin tengo un pretendiente, no tendrás que buscarme uno y dispondrás de más tiempo para darle un hermanito al pequeño Ralf.

Ella le guiñó un ojo a su cuñada, y al duque se le desencajó la mandíbula.

—¡Kassandra! Te conozco cuando te pones así, y sé que ese individuo no me va a gustar —exclamó el duque, pues tenía un mal presentimiento.

—No quiero que te preocupes por mí, no cometeré los mismos errores que con Arthur —aseguró con voz tranquila—. Por favor, deja que sea yo la que tome mis decisiones.

—Ralf, querido —intervino Helen al percibir la expresión furibunda de su esposo, deslizó una mano por encima de la mesa y la posó sobre la de su esposo, la palmeó con cariño—. Escucha a tu hermana, ella en estos momentos necesita a un hermano comprensivo.

Ralf miró los ojos grises de su duquesa, ella era el amor de su vida, su corazón y su alma. Solo Helen era capaz de sosegar al ogro que a veces sacaba. Agarró la mano de su esposa y se la llevó a los labios, la besó con cariño. Después se centró de nuevo en su hermana.

—Está bien, Kassandra, creo en tu buen juicio y espero que no me decepciones —claudicó el duque para alegría de las mujeres, que expresaron con sonrisas—. Aun así, deseo conocerlo y saber cuáles son sus intenciones.

La conversación fue interrumpida por Victoria —una niña adorable con el cabello largo pelirrojo, que llevaba peinado con dos trenzas—, entró echa un paño de lágrimas a la estancia.

—¡Mamá, mamá, Edmund me ha tirado de las trenzas y me ha hecho daño!

—¡Ha empezado ella tirándome de las orejas! —se defendió el niño, que había seguido a su hermana.

Kassandra los miró a uno y a otro. Edmund era su hijo natural; sin embargo, quien había dado a luz a Victoria había sido una de

sus antiguas doncellas llamada Emily, que se había quedado en cinta después de que Arthur abusara de ella en más de una ocasión. Apenas era una cría cuando sucedió, y a la marquesa se le revolvían las tripas solo de pensar en lo que debía haber pasado esa muchachita con tan solo doce años. Kassandra no había tenido conocimiento de lo que había hecho su esposo, hasta que un día su hermano le quitó la venda de los ojos y le presentó a Victoria. Entonces entendió lo ruin que había sido su difunto marido. Ese día dejó de adorar el recuerdo de un hombre al que había amado estando vivo y al que había idealizado una vez que había muerto. Por muy increíble que pareciera, y a pesar de que las criaturas que contemplaba tenían diferentes madres, cualquiera hubiera pensado que eran mellizos. Kassandra no tuvo ningún reparo en aceptar a la niña junto a ella, Victoria no tenía ninguna culpa de los pecados de Arthur. De hecho, se encariñaron pronto una con la otra, y la chiquilla, en un acto instintivo, empezó a llamarla «mamá» cuando apenas hacía unas semanas que vivía en Sython Palace.

—Edmund, pídele perdón a tu hermana, y tú, Victoria, pídele perdón a tu hermano. Y como no obedezcáis os quedaréis sin postre en la cena.

—¡Mamá, no! —se quejaron a la vez los infantes.

Desde luego que los deliciosos dulces que preparaba la cocinera eran un buen reclamo para que sus hijos obedecieran, y era un recurso al que recurría muy a menudo.

—Ya habéis escuchado a vuestra madre —intervino Ralf, los niños obedecieron y se perdonaron—. Y ahora subid a vuestro estudio que la institutriz os debe estar esperando.

A regañadientes, los críos obedecieron y se marcharon.

—Por fin un poco de tranquilidad… —suspiró la marquesa.

—Necesitas a un marido a tu lado, Kassandra —razonó la duquesa—. Victoria y Edmund cada día están más mayores y precisan de una figura paterna. Me alegro tanto de que por fin tengas un pretendiente. Ahora solo falta que haga una petición de mano. Ohhhh, tengo varias ideas para vuestra boda…

—¡No vayas tan deprisa, querida! —interrumpió la marquesa, alzando la mano—. De momento solo es un pretendiente. Lo invitaré para que lo conozcáis. —Miró a su hermano—. En realidad, tiene un asunto del que hablar contigo, Ralf.

—¿Me vas a decir su nombre? —preguntó el duque, se llevó la taza a los labios y dio un sorbo.

—Claro, se llama Nelson Wagner.

Ralf se atragantó con la bebida caliente, a punto estuvo de

escupirla, tosió sonoramente.

—¿Estás bien, querido? —preguntó su esposa.

—Sí… —Se aclaró la garganta—. ¡Ese hombre no entrará en Sython Palace!

—¿Acaso lo conoces? —preguntó la duquesa.

—Era el socio de Jeremy Kendall —soltó con desprecio el duque.

—¡Oh, Ralf, ese no es ningún defecto! No seas ridículo —exclamó Helen intuyendo que su esposo estaba a punto de estallar.

El duque tiró su servilleta en la mesa y se levantó, ¡no podía creerse que su esposa se lo tomara a la ligera!

—¿Ridículo? —Golpeó la mesa con la palma de la mano, apretó los dientes—. ¡Ese malnacido te quiso comprar utilizando malas artes! ¡Por Dios, Helen, parece mentira que olvides tan pronto el dolor que te causó!

—¡Claro que no me olvido! —exclamó, lo miró con todo el amor que sentía hacia su esposo, sus ojos grises brillaban como dos estrellas, y añadió en un tono meloso—. Pero apareciste tú y sus planes se desbarataron.

—Por favor, Ralf, sé que Nelson no pertenece a la nobleza y que costará que lo acepten dentro de nuestros círculos, pero dale una oportunidad —pidió la marquesa—. Además, él no tiene culpa de los pecados de los demás.

—¡¿Qué tontería estás diciendo, Kassandra?! —la regañó el hermano—. Un hombre que ha hecho negocios con un desalmado, que también ha sido su socio, de ningún modo puede ser bueno para ti. ¡No quiero que pierdas el tiempo y tus esfuerzos en ese hombre! ¡Y no quiero escuchar nada más sobre este tema! —zanjó muy seguro.

—Ralf, no estás siendo razonable —lo censuró su esposa, se levantó y lo reprendió—. Tú mismo, de tanto en tanto, haces negocios con gente que te resulta odiosa. —Colocó las manos en las caderas en una pose desafiante—. ¿Tengo que recordarte las veces que te pones furioso cuando tienes que atenderlos en tu despacho?

—En mi caso es diferente —se defendió con más pena que gloria.

—¿Por qué es diferente, porque tú eres duque y Nelson no? —lo increpó Helen.

—Y tú, querida, ¿de qué lado estás?

—Estoy del lado de la felicidad de mi cuñada —matizó la duquesa, y se sentó de nuevo.

—Ralf, solo te pido que confíes en mí —intervino la marquesa.

—Ya, pero hay zorros muy astutos que huelen una buena pieza a kilómetros de distancia.

—Pero yo no soy un polluelo que recién sale del nido. No soy una ingenua debutante a la que tengas que proteger. Sé que Arthur nos hizo daño a todos, pero esta vez será diferente.

—Tu hermana tiene razón, querido, al menos permite que te lo presente —pidió la duquesa.

Ralf las miró alternativamente, murmuró algo por lo bajo, que las damas no lograron entender, y se sentó. Bufó sonoramente antes de hablar.

—Si en el Parlamento supieran que pierdo todas las batallas frente a las dos damas más hermosas de Londres, sería el hazmerreír. —Volvió el rostro hacia su hermana—. Trae a Nelson cuando quieras para que lo conozcamos.

—Gracias, Ralf.

—Espero no arrepentirme.

Kassandra y Helen se contemplaron en silencio, satisfechas con el resultado. La marquesa vocalizó en silencio un «gracias». La duquesa asintió y ambas sonrieron.

***

Nelson llegó a su hogar de Londres, situado en el piso superior de su club de boxeo Lion, en King Street. El hombre había decidido vivir allí porque le resultaba más práctico para atender su negocio de apuestas. Normalmente terminaba a altas horas de la madrugada y lo que menos le apetecía era transitar por las calles a esas horas, con el cansancio cubriendo su cuerpo. Desde que muriera su socio Jeremy, al que apreciaba poco y al que comparaba con un besugo por su parecido físico, había perdido interés por navegar junto a sus hombres transportando mercancías por todo el mundo. Estaba en una etapa de su vida que necesitaba de tierra firme. Había pasado casi toda su existencia sobre un buque mercante y abrió el Club Lion con el propósito de buscar un aliciente nuevo con el que aumentar su patrimonio. Y lo cierto era que nunca hubiera imaginado que las apuestas resultaran ser un filón de oro. Los nobles, gente ociosa y vividora, dilapidaban sus fortunas en unos vicios que daban emoción a unas vidas insulsas. Y él había sacado partido.

Era entrada la noche cuando Nelson ingresó en su hogar. La

vivienda tenía todas las comodidades de un lugar lujoso: paneles de madera en las paredes, suelos de mármol, alfombras y muebles de calidad. Martha lo esperaba, se trataba de una mujer muy bajita, de cuerpo rollizo, pechos grandes, rostro redondo y piel oscura. El yanqui la había salvado diez años atrás, en Charleston, de un castigo que le quiso propinar, por haberle quemado la comida, un tratante de esclavos con el que se había topado. La compró y la dejó libre, pero ella no tenía un lugar a donde ir, porque desde que había nacido que era esclava, por lo que lo siguió. Desde entonces vivía con él y lo atendía y cuidaba como si fuera un hijo. Nelson nunca había conocido la caricia materna, y Martha era lo más parecido que nunca había tenido a una madre. A veces se preguntaba si no había sido ella quien lo había salvado a él. No solo Martha lo cuidaba como haría una madre con un hijo, sino que enderezaba su camino cuando ella creía que se equivocaba.

—¡Señorito, ya ha llegado! —dijo entre risas la mujer, abrazando a Nelson nada más cruzó la puerta; como él era muy alto y ella muy bajita, apenas le llegaba más allá de la cintura, pero no era motivo para no abrazarlo con fuerza—. Le he preparado la cena.

—Martha, ¿cuántas veces tendré que decirte que no me llames «señorito»? Soy Nelson.

—Y yo siempre le digo lo mismo: es usted todo un señorito y me gusta llamarlo por lo que es.

Nelson la agarró por los hombros y se separó lo justo para observarla a la luz de las velas de un candelabro que se hallaba sobre una mesita alta pegada a la pared. Sus ojos achicados y su mueca tensa indicaron su insatisfacción, pues todavía la mujer iba ataviada con su falda marrón, camisa gris, delantal blanco y un pañuelo rojo en la cabeza, ocultando su cabello negro rizado con mechones grises debido a la edad.

—Martha, te he comprado vestidos y todo lo que una dama de Londres tendría en su guardarropa. ¿Por qué sigues vestida con esos ropajes?

—Esas ropas tan finas no lucen en un cuerpo robusto como el mío. Además, no soy ninguna dama.

Nelson sonrió con afecto, Martha siempre enfatizaba la letra erre, muy típico del acento sureño; en parte lo hacía sentir como si estuviera en Charleston cuando hablaba con ella.

—Sí que lo eres; de hecho, ninguna dama puede compararse contigo. —Agarró su cabeza, se inclinó y besó su frente.

La mujer agitó su mano en el aire a modo de reprimenda.

—Oh, señorito, guárdese sus cumplidos para alguna bella

señorita, ya va siendo hora de que se case y tenga hijos.

—Tal vez tu deseo se cumpla, Martha. He conocido a toda una dama, mañana me presentará a su hermano y a su cuñada.

La mujer se llevó las manos al corazón, abrió los ojos desmesuradamente, como si se hubiera hecho un milagro frente a ella.

—¡Oh, señorito, qué alegría me acaba de dar! Pensé que este día no llegaría. ¿Y quién es la afortunada?

Nelson deslizó su brazo por los hombros de la mujer y se encaminaron al comedor.

—Te la traeré para que la conozcas, nada más la vi supe que me tenía que casar con ella.

—Pero, señorito, este no es lugar para traer una dama.

Nelson miró a su alrededor, sus ojos mostraron satisfacción por el lujo que emanaba cada rincón.

—¿Qué tiene de malo esta casa? —preguntó sentándose frente a la mesa.

—Ayyyy, señorito, ya lo sabe muy bien: abajo hay un club de boxeo. Y también tendría que dejar de boxear. A una dama no le gustan los golpes. Así que cuanto antes venda este lugar y compre uno bonito para su futura esposa e hijos mucho mejor. Piense en lo que le he dicho mientras voy a buscarle la cena.

Entre tanto esperaba la comida, Nelson se sirvió un poco de vino. Se llevó la copa a la boca y saboreó el líquido rojo mientras meditaba en lo que le había dicho Martha. Reconocía que tenía razón: a su hogar se accedía por una escalera que estaba en el interior del club, en la parte del fondo, lejos del cuadrilátero. Y por mucho lujo que tuvieran sus estancias privadas, no se imaginaba a Kassandra viviendo en un lugar donde en el piso inferior se realizaban apuestas en los diferentes combates. Eso sin mencionar las prostitutas que pululaban buscando un cliente para ofrecerle sus servicios a cambio de unas monedas. Decidió que buscaría una mansión en Green Park, próxima a donde vivían los duques, para que ella tuviera a su familia cerca. Además, si bien estaba en forma y sus puños eran fuertes como rocas de granito, ya tenía treinta y ocho años, y quizá había llegado el momento de retirarse.

Dio un sorbo largo a su bebida con la seguridad de que estaba tomando buenas decisiones. Martha siempre le había sido de gran ayuda.

# Capítulo 4

Nelson llegó a Sython Palace a media tarde en su faetón, y atravesó los muros de ladrillo y rejas de hierro forjado que circundaban el palacio. Los perros vigilantes salieron a su encuentro de una manera amenazante, pero su cuidador los controló con rapidez. El sol lucía en la bóveda celeste y la eclosión de la primavera provocaba que los jardines y las zonas con vegetación lucieran hermosos. Los pájaros trinaban posados en las ramas de los árboles y un ligero viento mecía las hojas con ligereza, creando una danza y una melodía relajante. El yanqui se había vestido muy elegante para la ocasión, con unos pantalones crudos, una camisa blanca con volantes en los puños, un chaleco granate de damasco y una levita azul oscuro con botones dorados. Las botas negras relucían como un cristal, y su sombrero de copa forrado de seda y un pañuelo blanco anudado en el cuello daban el toque elegante.

Nelson no negaría que estaba algo nervioso; solo un poco, desde luego. En realidad, le causaba más respeto que miedo; aunque no lo podía comparar con su estado de excitación antes de empezar un combate. Con todo, de ningún modo iba a permitir que su futuro cuñado lo intimidara. Sería como boxear en un combate, y él siempre daba el primer golpe. Tenía claro que Kassandra, tarde o temprano, se convertiría en su esposa; y en cuanto la sedujera sería ella quien insistiría en casarse. La marquesa tenía edad suficiente para no tener que huir a Gretna Green a desposarse, como hacían

las jóvenes que no contaban con el beneplácito de los suyos, y el duque tendría que aceptar su decisión. Aunque no lo conocía, había escuchado que era implacable y que se le podía achacar un temperamento de acero. Sin embargo, su prioridad, por encima de sus negocios y su faceta como político, era su familia, a la que amaba y protegía. Ya eso era suficiente para respetarlo, y pensaba darle una oportunidad.

Nelson fue recibido por el mayordomo, le entregó los guantes y el sombrero, después el sirviente lo acompañó a la biblioteca. De camino al lugar, no pudo evitar admirar las dos deslumbrantes escalinatas de mármol, pegadas a los laterales de las paredes, del enorme *hall* que daban acceso al piso superior. Eran magníficas, como las resplandecientes arañas de cristal colgadas en el techo, los formidables cuadros que decoraban las paredes, los opulentos muebles de líneas clásicas y las alfombras de calidad cubriendo partes del suelo. No le extrañó que Sython Palace fuera una de las mejores viviendas de Londres y se prometió que Kassandra viviría en un lugar como ese cuando se casaran. El dinero no era problema para él, y ya había empezado a buscar algo similar por los alrededores. Martha le había dado un toque de atención, y reconocía que su vivienda actual no era, ni por asomo, la mejor opción para convivir con una mujer como la marquesa.

El mayordomo abrió la puerta de la biblioteca, se apartó para dejar paso a Nelson, este entró; tras de él se cerró de nuevo la batiente.

—Buenas tardes, señor Wagner —saludó cortésmente Ralf, se hallaba en su escritorio, se acercó a él.

—Buenas tardes, excelencia.

Nelson le hizo una ligera reverencia; cabe decir que se inclinó lo justo para no parecer maleducado. No era su costumbre manifestar obedientemente tales muestras de cortesía, consideraba que era una práctica ofensiva, teniendo en cuenta que todas las personas, a sus ojos, eran iguales, por mucho que la nobleza se obstinara en clasificar a la sociedad según el patrimonio y el apellido de un individuo. Si de una cosa se sentía orgulloso era de que él tenía dinero gracias a su esfuerzo y no gracias a una herencia. No le debía nada a nadie; por tanto, valoraba cada penique que ganaba. El duque esbozó una sonrisa torcida, era como si se diera cuenta de lo mucho que le estaba costando mostrar cierta diplomacia ante su presencia.

Nelson centró su mirada en Ralf. Era un hombre que estaba en la cumbre del poder, y gozaba de una influencia similar a la de la

corte. Su porte desafiante y su mirada afilada auguraban una conversación tensa. Sin embargo, el yanqui era un hueso duro de roer que no se amilanaba ante un buen adversario, al contrario: su larga trayectoria como boxeador había contribuido a esculpirlo por dentro y por fuera.

Debido a su condición de duque, un título que ostentaba su familia desde varias generaciones, Ralf daba importancia a las apariencias, pero no más que al bienestar de su familia, a la que adoraba y a la que anteponía frente a todo y a todos. Si ese hombre terminaba formando parte de su familia se aseguraría de que no fuera como Arthur. No dudó en evaluarlo, las primeras impresiones eran, quizá, las más importantes. Su mirada era profunda; su tez, bronceada; y su semblante… ¿cómo llamarlo? ¿Atrevido? No, atrevido no, más bien exótico. Un semblante que a ojos de una mujer resultaba atrayente. El duque había oído hablar de Nelson en más de una ocasión, por la facilidad con la que hipnotizaba a las damas de buena cuna, como si fuera la manzana del pecado. No obstante, conocía a su hermana y ella no se dejaba arrasar por tipos como ese. La vida la había golpeado, y sabía que el día que un hombre le atrajera sería por mucho más que por un aspecto atractivo.

Sin embargo, una de las cosas, ya de entrada, que no le gustaban de ese individuo era su afición al boxeo. Era conocido en todo Londres por sus puños, no había perdido ningún combate, y no entendía cómo su hermana lo veía como un posible marido. ¿Qué ejemplo daría a sus hijos si se casaba con un tipo que se peleaba, por dinero, como un salvaje en un cuadrilátero?

—Siéntese, por favor —dijo Ralf señalando una de las dos butacas que había frente al escritorio. —¿Quiere una copa de brandy, señor Wagner? —ofreció cuando su invitado tomó asiento, hizo ademán de caminar hasta el mueble bar.

—No, gracias.

—Kassandra me ha dicho que tiene un asunto del que hablar conmigo.

Nelson echó una mirada furtiva a la estancia mientras su interlocutor se sentaba en el lado opuesto del escritorio. La biblioteca era tan espectacular como todo lo que había visto hasta el momento. Los muebles y las paredes revestidas eran de roble. En el techo había una cúpula que ennoblecía el espacio.

El yanqui decidió ir directo al grano.

—Sí, quería hacerle una oferta por unas hectáreas que lindan con una propiedad que he comprado recientemente, justo al lado de

Giffod Castle…

—Señor Wagner, no voy a venderle mis tierras —le interrumpió el duque.

—Excelencia, con la gran cantidad de hectáreas que posee en Giffod Castle, no creo que eche de menos las que lindan con mi propiedad. Puedo pagar lo que me pida.

—Señor Wagner, no insista.

Nelson tomó una actitud defensiva.

—¿Su negativa es por mi pasada relación con Jeremy Kendall?

—Sí.

—¿No cree que debería separar los negocios de los sentimientos? —le recriminó el yanqui.

Ralf no se tomó muy bien su comentario, su semblante adusto le advertía que no siguiera por ese camino.

—Señor Wagner, no creo que le deba ninguna explicación —soltó con acidez.

—Tampoco se la he pedido. Pero me gustaría que se pensara lo de vender algunas hectáreas de Giffod Castle.

—No voy a desperdiciar ni un minuto más de mi tiempo en pensar algo que tengo claramente decidido. Lo he escuchado porque mi hermana me lo ha pedido.

Nelson y Ralf se miraron como si fueran púgiles a punto de entrar en el cuadrilátero.

—Le advertí a la marquesa que no me escucharía. Y lo cierto es que no estaba equivocado, pero tenía que intentarlo. Supongo que está al tanto de que pretendo a su hermana. Mi intención es casarme con ella en cuanto me acepte.

Ralf sonrió con ironía. La tensión en el ambiente ya era de por sí notable, la crispación brillaba en los ojos de los hombres. Nelson pensó en los combates cuando sus oponentes eran igual de fuertes que él. Esa tensión que se acumulaba en sus músculos salía por sus puños y terminaba derribando a su oponente más pronto que tarde. Pero Ralf distaba mucho de ser un rival en el cuadrilátero, era otro tipo de adversario, uno que no necesitaba sus puños para derrotarlo.

—Señor Wagner, usted no me gusta —confesó el duque de manera tajante—. No solo por los negocios que hizo en el pasado con Jeremy, sino que su vida se aparta bastante de ser ejemplar. Boxeo, apuestas, mujeres… toda una declaración de intenciones.

—Déjeme recordarle que los de su clase no son virtudes andantes y no están libres de pecados.

Ese yanqui no le tenía miedo; y teniendo en cuenta que muchos

temblaban ante su presencia, le resultó admirable. Valor no le faltaba, sin duda, una cualidad para tener en cuenta.

—Los defectos son propiedad de todas las clases sociales, señor Wagner. Me sería indiferente a qué se dedicara en otras circunstancias, pero da la casualidad que quiere casarse con mi hermana. Ella no es un botín.

Nelson lo atravesó con su mirada cortante.

—Yo no soy como Arthur, excelencia. Sé que la haré feliz y la respetaré como ella se merece.

—¿Ama a mi hermana?

Nelson no esperaba semejante pregunta, guardó silencio. Frunció el ceño y se llevó la mano a su cabello en un gesto instintivo, como si se lo peinara. Ese día lo llevaba recogido en la nuca, atado con una cinta negra. Desde que viera a Kassandra por primera vez supo que era la mujer que quería por esposa. ¿Amarla? De acuerdo que ella había despertado un remolino de sensaciones en su interior: su sonrisa era una bocanada de aire en sus pulmones, su mirada le contraía las entrañas de emoción, y sabía que una caricia suya sería más demoledora que un combate a muerte. ¿Acaso eso era amor? Tendría que averiguarlo.

—Si tiene que tomarse tanto tiempo para darme una respuesta, es porque no la ama —sentenció el duque.

Nelson hizo rechinar los dientes ante el desparpajo de su interlocutor. Que la expresión de Ralf mostrara victoria, como si hubiera ganado un combate contra él, lo sacó de quicio.

—Está poniendo en mi boca palabras que yo no he dicho —le recriminó el yanqui.

—¡Por el amor de Dios, su fama de conquistador es bien conocida en Londres! Por qué conformarse con una cuando puede tener a muchas en su lecho. Le aconsejo que se busque a otra.

—Será su hermana la que decida, excelencia. —Dicho esto se levantó—. Ahora, si me disculpa, quisiera hablar con la marquesa.

Ralf lo miró fijamente, Nelson sabía que estaba meditando si echarlo o llevarlo junto a su hermana. Oyó cómo suspiraba resignado mientras se alzaba, y el duque le dijo:

—Si me acompaña, lo llevaré al jardín.

Ralf acompañó a Nelson al jardín. Edmund y Victoria estaban jugando al criquet con unos bates y unas pelotas que les había regalado su tío. Nelson miró la estampa: las mujeres estaban sentadas aplaudiendo a los chavales, cerca de la duquesa había un cochecito con el pequeño Ralf, que parecía dormir a pesar del bullicio. En ese momento una punzada de dolor magulló sus

pensamientos. Había crecido sin el amparo de una familia y nunca llegó a imaginar lo que se estaba perdiendo. Se sintió estafado por la vida, y se sorprendió cuando se dio cuenta de que anhelaba pertenecer a esa familia, formar parte de esa estampa de felicidad. Desde luego que no negaría que deseaba echar raíces y dejar su impronta, como tampoco negaría el hecho de que lo tenía muy difícil, por no decir imposible, conseguir algún día la aprobación del duque como esposo de su hermana. Sin duda sería el combate más difícil de toda su vida.

La marquesa no tardó en percibir la presencia de Nelson, era como si hubiera notado en su cuerpo su mirada y sintió un ligero hormigueo en sus entrañas. Ese hombre la atraía igual que una mujer, helada de frío, caminaba hacia las llamas ardientes de una chimenea. Cuando sus miradas se encontraron no pudieron evitar sonreír; Ralf los observó alternativamente, hizo una mueca desdeñosa y replegó su ceño al darse cuenta de la conexión que parecía haber en la pareja. No pudo evitar refunfuñar en silencio al reconocer que su hermana sentía algo por ese yanqui.

El corazón de Kassandra latía deprisa, y se olvidó de respirar. La expresión de pirata de Nelson resultaba muy atractiva y se acentuaba con su tez morena, que destacaba al llevar el pañuelo, blanco como la nieve, de su cuello. Sus rodillas temblaron cuando su imaginación la llevó a ella y a él a un lecho cubierto por sábanas de seda. ¡Oh, ese hombre sería capaz de hacer pecar a cualquier mujer, por muy virtuosa que esta fuera! No podía apartar su mirada gris de la del yanqui, era como si un imán mantuviera sus ojos unidos. Se obligó a serenarse, y sobre todo a respirar; entonces se acercó a su hermano y a Nelson, este le hizo la reverencia de rigor.

—¿Ha ido bien la charla de negocios? —preguntó la dama.

—Todo lo bien que puede ir el primer día —matizó Nelson.

Ralf no le llevó la contraria, no quería que su hermana indagara sobre el tema. Con toda seguridad se enfadaría, ya que no se lo había puesto fácil a su pretendiente. Kassandra presentó Nelson a su cuñada e hijos. El pequeño Ralf empezó a llorar exigiendo su ración de alimento. Su hermano y su cuñada se marcharon, y Nelson, para sorpresa de la marquesa, empezó a jugar con sus hijos y les enseñó algunos trucos para utilizar el bate con más agilidad. Ella se los quedó mirando complacida, pero cuando llevaba un rato, él se quitó la chaqueta. Comprobar cómo los músculos exageradamente grandes se marcaban en la prenda fue demasiada tentación para una mujer que no tenía ningún contacto carnal desde que muriera su esposo. Partes de su cuerpo que habían estado en letargo mucho

tiempo empezaron a despertar. ¡Y de qué manera! Tuvo que recurrir a su abanico para refrescar su rostro que notaba caliente, como todo su cuerpo.

Sus hijos, al cabo de media hora, se fueron, pues había llegado Robert Myles para impartirles su clase de pintura.

—¿Quieres que vayamos dentro? —preguntó la marquesa.

—No, necesito recuperar el aliento —mencionó él, sentándose al lado de ella en el banco de piedra.

Kassandra hizo una seña al criado que había apostado cerca de ella.

—¿Te apetece champán, Nelson? El té es un horrible brebaje que no darías ni a tus perros —bromeó ella.

El yanqui se carcajeó.

—Prefiero una limonada fresca.

—Traiga limonada fresca y unos tentempiés —pidió la marquesa mirando al sirviente.

—Tienes unos hijos fuertes y ágiles. Y listos también, desde luego que aprenden rápido.

Los ojos de la dama brillaron de satisfacción.

—¿Te gustan los niños?

—Sí, nunca hasta el momento me había planteado ser padre, pero ahora que te he conocido, no me importaría engendrar tantos como tú me permitieras.

Kassandra dejó a un lado la compostura, echó la cabeza atrás y se rio. Con él sentía que no debía guardar las apariencias, era como respirar aire fresco. Aparecieron los criados: uno con la limonada; otro, llevando una bandeja de tentempiés; y un tercero traía consigo una mesa pequeña, que colocó frente a la pareja. Una vez ubicada la bandeja sobre la superficie y la limonada servida en los vasos, se marcharon. Nelson dio un sorbo largo, la bebida refrescó su interior y supuso un gran alivio.

—No soy esa mujer, Nelson. Quedamos en que fingiríamos mi interés hacia ti, y en cuanto pase un tiempo prudencial se terminará.

—En ese intervalo de tiempo pueden suceder muchas cosas.

Se acercó más a ella, su lado izquierdo tocaba con el derecho de la dama; ella sabía que lo correcto sería apartarse y dejar que el aire circulara entre ellos, pero la sensación de tenerlo pegado era demasiado tentadora. Además, nadie los veía, por lo que se quedó quieta, disfrutando del calor que emanaba ese hombre.

—¿Conoces Almack’s? —preguntó Kassandra.

—Sí, un día fui sin invitación.

La sorpresa se evidenció en el rostro de la dama. No se había enterado y alguien la debería haber informado, pues ella formaba parte del comité de Almack's, junto a su cuñada y cuatro damas más, todas mujeres exclusivas en los círculos más selectos de Londres. Sabía a ciencia cierta que los hombres como él, o mejor dicho, «los nuevos ricos», no eran bien recibidos en esos lugares tan selectos. Porque el dinero no era lo más importante, sino que un requisito imprescindible para poder ser aceptado en Almack's era pertenecer a la nobleza.

—¿Y qué paso? —preguntó ella, intrigada.

—Me invitaron amablemente a marcharme; sin embargo, rechacé la invitación y me quedé allí un buen rato.

—No tenía conocimiento, he estado demasiado tiempo ausente de los bailes, retirada en Giffod Castle. —Se encogió de hombros—. Y mi cuñada está ocupada con el pequeño Ralf. Ambas formamos parte del comité de Almack's. Tendré que ponerme al día, porque eso va a cambiar, Nelson.

—No es algo que me quite el sueño que me acepten o no. De hecho, si acudo a esos lugares tan selectos sin invitación es porque no puedo remediar mofarme de todos ellos. Así que no te preocupes, a mí no me afecta.

—Pero hemos hecho un trato. —Sonrió, y Nelson deseo besar esa sonrisa, bebió otro sorbo largo de su limonada a fin de refrescar sus pensamientos—. Hoy es miércoles, y como todos los miércoles hay un baile, las debutantes tienen que mostrar sus encantos si quieren cazar un buen partido. Iremos y te presentaré a unas cuantas, sin duda encontrarás una con la que engendrar muchos hijos.

—Sus madres mantendrán alejadas a sus polluelas de mí, para que no se echen a perder. No soy el partido que ellas querrían. Carezco de apellido y de título, solo soy un hombre al que se le dan bien los negocios.

—No te subestimes —mencionó alzando la barbilla para acentuar sus palabras—, en cuanto te vean aparecer conmigo captarás la atención de todas ellas, tanto mi cuñada como yo gozamos de una influencia más que notable, y como te he dicho, pertenecemos al comité de las patronas de Almack's. Las demás pensarán que si me dejo cortejar por ti, algo bueno tienes. Recuerda que eres rico y el dinero suele ser un caramelo muy tentador, todo lo demás llegará por sí solo.

—Deja que lo ponga en duda —la contrarió él.

—De momento no te he fallado, te dije que mi hermano te

recibiría, y así ha sido.

Nelson soltó un suspiro de resignación.

—Pero no ha servido de mucho, algo que ya nos imaginábamos. No me perdonará que haya sido socio de Jeremy Kendall.

—Aún no zanjes este tema, por favor, confía en mí —pidió ella, rogándoselo con la mirada, él no pudo resistirse y asintió con la cabeza; la dama continuó—: Hablaré con mi hermano, entrará en razón y te venderá unas cuantas hectáreas. Solo necesita tiempo. Además, desde que le hablé de ti ha dejado de incordiarme con posibles pretendientes.

—¡Al menos nuestra farsa ha dado frutos contigo! —exclamó satisfecho. Empezaba a pensar que ver a Kassandra con otro sería una tortura para él.

Ella le sonrió. Después bebió de su bebida y miró a Nelson por encima del vaso, el sol que se filtraba por las hojas de los árboles proyectaba chispas de luz en su rostro, dotándolo de más atractivo. Carraspeó cuando notó un hormigueo bajo su vientre.

—¿Dónde vives, Nelson?

El yanqui no quería decirle que su hogar estaba encima de un club de boxeo, se preguntó si sabía a qué se dedicaba cuando dejó el mar por tierra firme, y decidió que lo averiguaría en ese instante.

—¿Te gusta el boxeo, Kassandra? ¿Te gustaría que te llevara a ver un combate?

—¡No! —Negó con la cabeza enfatizando su respuesta—. Es un deporte de salvajes. Nunca entenderé qué hay de emocionante en pegar a otro con los puños y apostar por ello. Además, una dama jamás iría a un lugar como ese. ¿Por qué me preguntas eso?

Como suponía, ella no sabía de sus actividades, algo que le causó temor. ¿Lo mantendría a distancia en el caso de saberlo? Supuso que sí, por lo que tendría que tomar una decisión al respecto. Nada de lo que poseía podía compararse con el hecho de tener a su lado una mujer como ella, y cualquier sacrifico valdría la pena. En su conversación con el duque, este le había preguntado si amaba a su hermana. Quizá no podía asegurarlo con un «sí» rotundo, pero lo que podía afirmar sin dejar espacio a la duda era que se sentía muy a gusto con Kassandra, y enamorarse de ella le resultaría tan fácil como respirar.

—Nada, simple curiosidad, hay un combate interesante al que quiero ir —matizó el yanqui, no quería engañarla, por lo que decidió decirle una verdad a medias.

—Oh, Nelson, tienes que dejar esas actividades si quieres encontrar un buen partido —dijo en un tono que sonó a

reprimenda.

—Bueno, si tú me lo pides puedo hacer una excepción… —Dejó su vaso en la mesa auxiliar, deslizó su mano por la cintura, la miró con sus ojos coñac brillantes como si la estuviera desvistiendo—. Sin embargo, hay otras actividades mucho más placenteras de las que no pienso prescindir.

La promesa pícara acarició a Kassandra por todas partes: en los brazos, en las piernas, en sus pechos, en la unión de sus muslos… No pudo evitar que las mejillas se le sonrojaran; y teniendo en cuenta que no era una inocente virgen, casi se sintió ridícula.

—Nelson… —mencionó con más pena que gloria, miró hacia el acceso del jardín—. Por favor, puede aparecer alguien.

Como excusa sonaba patética, y más cuando su ansia por que la besara revoloteaba en su interior como una mariposa sobre una hermosa flor. ¿Qué tenía ese yanqui que la provocaba tanto? Incluso su aroma a miel con especias resultaba exótico, como su rostro y su constitución. Se preguntó a cuántas damiselas habría conquistado con ese porte arrebatador de pirata. Esperó con ansia a que se lanzara a su boca, pero para su decepción él se separó.

—Será mejor que me comporte como un caballero —manifestó él con un deje de humor en la voz—. No me gustaría que el duque me sorprendiera besando a su hermana, ¿qué pensaría de mí? —Acompañó sus palabras con un gesto de manos dramático.

—¡Oh, no me tomes por estúpida! Si lo que menos te importa es lo que piensan los demás de ti.

La expresión de Nelson se tornó seria.

—Pero me importa lo que piensas tú, y sé que tu hermano es esencial para ti, algo que respeto y admiro. Muchos nobles venderían a sus familias si con ello consiguieran más poder y dinero. Vosotros, en cambio, os protegéis y os ayudáis.

Ella le sonrió con afecto. Siempre la familia había estado unida. Solo hubo una época en que un malentendido entre sus padres creó una especie de caos familiar. La situación, lejos de mejorar, se complicó con la muerte de su madre, y después con la de su padre. Pero su relación de hermanos entre Ralf y ella salió fortalecida, sobre todo cuando él se casó con Helen y los secretos familiares salieron a la luz. Las heridas se curaron, y desde entonces la felicidad reinaba en Sython Palace.

—¿Sabes que no dejas de sorprenderme? —mencionó la marquesa, admirando a ese hombre de veras.

—Y eso, ¿es bueno o malo? —preguntó arrugando el entrecejo.

—Muy bueno…

No añadió nada más por temor a que él notara lo mucho que le gustaba. No quería que descubriera que empezaba a verlo como un posible pretendiente. Y había decidido no casarse nunca más, no quería que la traicionaran otra vez. No lo soportaría y sería su fin para siempre. A un hombre como él nunca le faltarían mujeres: era atractivo y rico, lo tenía todo para triunfar entre las féminas de su clase una vez que ella le aplanara el camino. Cuando tomó conciencia de que con el tiempo lo vería agarrado a alguna mujer, su cuerpo se enfrió y quiso gritar de impotencia. ¡Oh, cielo santo! No solo le gustaba como hombre, sino que empezaba a enamorarse.

## Capítulo 5

Nelson había terminado de arreglarse. Se había ataviado con un frac con la levita de cierre sencillo en granate oscuro, cuyas solapas eran de terciopelo. La prenda dejaba entrever la pieza de debajo: un chaleco de satén plateado. La camisa era de muselina blanca, lo que dotaba al conjunto de un aire pulcro. Los pantalones eran ajustados, tal como dictaban los patrones de moda del momento, en un tono marfil muy refinado. El pañuelo de seda blanco estaba perfectamente anudado alrededor del cuello, a modo de corbata elegante, y los zapatos planos de charol daban el toque festivo a su atuendo. Los guantes y el sombrero de copa alta y ala corta esperaban en la mesita auxiliar de la entrada de la vivienda para cuando se marchara. Nelson se estaba mirando en el espejo, a su lado Martha lo observaba con ojos de satisfacción y expresaba su aprobación.

—Señorito, está usted magnífico. —Meneó la cabeza asintiendo, enfatizando lo mucho que le gustaba—. Si la señorita no ha caído rendida a sus pies, esta noche lo hará.

—No es una señorita, Martha, sino toda una lady.

La mujer negó con el dedo.

—Oh, señorito, si esa dama se casa con usted será mi señorita.

Nelson sonrió y besó su frente. Sabía que hacerle cambiar de opinión sería imposible.

—Martha, he tomado la decisión de vender Club Lion. No creo

que a mi futura esposa le guste que me dedique al boxeo y a las apuestas. Además, ya va siendo hora de que haga algo con mi vida, quiero formar una familia.

—Ha tomado una sabia decisión, señorito —mencionó muy eufórica.

—Tengo que presentártela para que la conozcas —dijo contagiándose de la alegría que flotaba en el ambiente.

A Nelson le gustaba tener la aprobación de Martha, ella siempre veía más allá y sus consejos se los tomaba seriamente.

—Oh, señorito, todavía no...

El hombre logró ver la preocupación en el brillo oscuro de la mirada de Martha. Intuía que su negativa a conocerla tenía mucho que ver con su condición de esclava en el pasado. Nelson se enfadó.

—Martha, no te voy a esconder, tú eres tan digna como cualquier mujer, y desde luego que yo no me avergüenzo de ti.

—Pero, señorito, no quiero que por mi culpa ella...

Nelson la interrumpió, posó una mano en la mejilla de la mujer y le dijo con cariño:

—Martha, la mujer que me mantiene en vilo está por encima de estas cosas, lo presiento. Confía en mí.

Ella asintió y zanjaron el tema. Nelson, sin perder ni un minuto más, salió y fue a buscar a Kassandra en su carruaje, un magnífico *barouche* tirado por cuatro lustrosos zainos. Se trataba de un vehículo grande para cuatro personas y con capota plegable, ideal para cuando hacía buen tiempo. Solo los nobles más pudientes podían permitirse adquirir uno, y a Nelson le gustaba el lujo, o más que eso; en realidad, lo que le gustaba era contemplar los rostros furibundos de la aristocracia cuando se regodeaba delante de ellos. Era como si los desafiara en un combate que él ya tenía ganado, diciéndoles sin palabras que un huérfano podía llegar más lejos que ellos con todas sus fortunas y sus títulos heredados.

Kassandra salió de Sython Palace, y cuando Nelson la vio creyó ver a una diosa del Olimpo. Lucía un vestido dorado de estilo neoclásico, de manga corta y escote bajo, revelando la redondez de unos pechos hermosos. Llevaba guantes blancos por encima de los codos y el cabello negro lo tenía recogido en lo alto de la cabeza, adornado con plumas y horquillas con brillantes; unos rizos se posaban encima de la frente y sobre las orejas, enmarcando un precioso rostro. Nelson quedó tan impresionado que tardó un rato en reaccionar, se quedó mirando a la dama, embobado, como si fuera el espectador de una visión sobrenatural.

—Buenas noches, Nelson —saludó la dama cuando llegó a su

altura, desplegó su abanico y en un gesto sensual lo agitó delante de su rostro mientras miraba al hombre de arriba abajo sin pudor alguno—. Estás magnífico, voy a ser la envidia de toda dama.

El hombre salió de su ensimismamiento.

—Y yo voy a ser la envidia de cualquier caballero —mencionó, ofreciendo a la dama su mano para ayudarla a entrar.

El tibio contacto provocó que ambos se miraran. A pesar de los guantes, eran demasiado conscientes de la calidez que emanaban sus pieles, y ambos contuvieron el aliento. Él era solo un satélite rodeando a una hermosa estrella. La marquesa fue quien cortó primero el contacto visual entrando en el vehículo, que tenía la capota plegada, pues el clima invitaba a disfrutar de una noche tibia. Ella se sentó en un costado y él lo hizo a su lado. A los pocos segundos el cochero emprendió la marcha y puso rumbo a la calle King Street en St. James. El vaivén del vehículo actuó de relajante, pues ambos tenían sus corazones agitados debido a las sensaciones que provocaba estar tan pegados.

Nelson se percató del carné de baile que colgaba de un cordón dorado atado a la muñeca. Era de color azabache, tal como correspondía a una viuda. Los de color nácar estaban reservados a las solteras y los de marfil para las casadas. A pesar de no pertenecer a la nobleza, era muy consciente de las normas que regían a una alta sociedad demasiado encorsetada, por lo que encontraba un placer morboso en romperlas. Sin embargo, esta vez era mucho más que romper normas.

—Quiero que me reserves todos los bailes —pidió Nelson.

Ella giró el rostro y lo contempló, pero se arrepintió de inmediato, ya que se encontró con la mirada coñac de Nelson que la emborrachaba de placer. Tragó saliva para sacarse el efecto demoledor que provocaban esos ojos en su cuerpo.

—No sería muy decoroso reservarte más de dos o tres bailes, Nelson —amonestó ella.

—Lo sé. Pero no soportaré verte bailar con otro.

La marquesa achicó los ojos, como si lo estuviera evaluando, ¿estaba celoso?

—¿Me prohíbes bailar con otros hombres?

Él clavó sus ojos coñac en los de ella.

—No, solo estoy diciendo que me dolerá verte bailar con otros —replicó en un tono tan ronco que provocó que los pelos de la nuca de la mujer se erizaran.

—Nelson, recuerda que tenemos un trato.

Ella empezó a ponerse nerviosa y volvió el rostro al frente,

rompiendo todo contacto visual. Reconocía que le gustaba Nelson, incluso empezaba a enamorarse de él. Sin embargo, Arthur estaba demasiado presente en su interior. Porque no era verdad que el tiempo curaba las heridas. Siempre quedaba la cicatriz que, un día de lluvia o frío, la melancolía hacía sangrar. Y entonces el dolor afloraba como fantasmas para atormentarla sin piedad, y ella se prometía entre llantos que nunca más un hombre la lastimaría. No podía dejar que Nelson derribara unos muros que tanto le había costado construir.

El hombre agarró la barbilla de la mujer y la instó a que lo mirara.

—Cuanto más te conozco, más deseo casarme contigo, Kassandra.

Ella negó con la cabeza, liberándose de su agarre; aun así, le sostuvo la mirada.

—Te dije que nunca me casaría, no quiero sufrir otro desengaño; además, tampoco necesito un marido para que me mantenga, poseo suficiente dinero para vivir como quiera y donde quiera. Y tengo a mis hijos, desde luego, ellos son mi alegría.

—Tus hijos crecerán, se casarán, seguirán su camino en Londres o en otro lugar, y aunque los tengas viviendo en el mismo techo, te sentirás sola y vacía —arguyó él.

Kassandra ya había pensado en ello; sin embargo, no era suficiente motivo para hacerla cambiar de opinión. Prefería estar sola que acompañada de otro Arthur. Lo que más le agrada era la sensación de libertad de la que disfrutaba, sin ataduras, sin que nadie gobernara su día a día, pero, sobre todo, sin el miedo manejando sus emociones por la sospecha de tener a su lado a alguien como su difunto esposo.

—No me importa estar sola, Nelson. Si es el precio que tengo que pagar por mi independencia, lo acepto. Además, no quiero otro Arthur en mi vida, y también disfruto de una libertad que estando casada jamás tendría.

—Siempre te sería fiel... —La miró con pasión y a ella se le puso la piel de gallina—. Teniéndote a ti en mi lecho, no necesito a ninguna otra. Y respecto a tu libertad, conmigo disfrutarías de la misma independencia que ahora. No necesito a una mascota como esposa. Quiero casarme contigo porque te veo como la compañera perfecta. Tendrás libertad para hacer lo que te dé la gana sin recibir censura por mi parte, jamás.

La marquesa creyó que no lo decía de veras; sin embargo, en su mirada no había ni burla ni mentira.

—Nelson, no estarás hablando en serio… lo que dices va en contra de todas las normas. Una mujer se debe a su esposo cuando se casa.

—Hablo muy en serio. Quiero una esposa que sea mi amiga y mi amante.

Ella cabeceó, se sentía confundida. La habían educado para ser la esposa perfecta, y lo había sido para Arthur. En cambio, lo que Nelson le estaba diciendo rompía con todo lo que le habían enseñado.

—Eres un hombre muy peculiar, atrevido, descarado… —Sonrió—. Y atractivo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Pero te olvidas de lo más importante.

El hombre arqueó las cejas, intrigado.

—¿El qué?

—El amor, solo veo pasión en tus ojos, Nelson. ¿Y amor? Me casé una vez por amor, amor por mi parte. Desde luego que Arthur solo buscaba la posición social y la fortuna de mi familia.

—Yo no busco lo mismo que Arthur —afirmó ofendido Nelson porque siempre lo comparara con el ruin de su difunto esposo.

—Lo sé, por eso estoy tan confundida. —Se mordió el labio, buscando una explicación—. Supongo que a ti te motiva la cacería, el deseo de conquista…

La mirada cortante de Nelson provocó que Kassandra detuviera el curso de sus palabras. Se dio cuenta de que lo estaba insultando, pero era lo que pensaba. Él abrió la boca para defenderse, mas la conversación no pudo seguir porque habían llegado a su destino.

Nelson la ayudó a bajar del *barouche*, después ofreció su brazo a la dama, que ella aceptó. Por encima del hombro, la mujer echó un vistazo a su acompañante, y el rostro tenso del yanqui evidenciaba su mal humor. Se sintió culpable y su conciencia le advirtió que había sido demasiado dura. Las farolas de gas alumbraban la calle y dotaban al ambiente de un tono ocre que provocaba que el vestido dorado de la marquesa reluciera aún más. Mientras caminaba junto a Nelson a la entrada, Kassandra dijo:

—Nelson, no quise ofenderte, pero he sido sincera y te he expresado lo que pienso.

—Lo sé. Y aunque no te lo creas, es algo que te agradezco, pero no puedo evitar que me duela.

Era cierto: le dolía y le provocaba rabia. Que Kassandra pensara que su interés por ella obedecía a su deseo instintivo por conquistarla había sido un golpe en el estómago y le dolía

demasiado, más que recibir una batería de puñetazos del más temido de sus contrincantes en el cuadrilátero. Aun así, esa mujer no dejaba de sorprenderlo: tenía las ideas claras de lo que quería y de lo que no quería, y no tenía miedo de expresarlo en voz alta. Teniendo en cuenta que las damas de su condición habían sido educadas para guardar sus opiniones, resultaba refrescante. Y la admiraba por ello.

Entraron en el salón accediendo por una enorme escalera. Las paredes eran blancas con toques color crema, las cortinas azules, y las columnas doradas se alzaban hasta un techo alto. Había una enorme cantidad de velas encendidas en las arañas de cristal, cuya luz rebotaba en los espejos que colgaban de las paredes. La orquestra tocaba en un balcón ubicado para ello. Desde un lateral se accedía a un salón por una doble puerta donde de servía el refrigerio: pan untado con mantequilla, tortas glaseadas, y como bebida solo se ofrecía té o limonada. Las bebidas alcohólicas estaban totalmente prohibidas, era la manera de evitar situaciones indeseables provocadas por gente ebria.

Lo cierto era que la comida no era el objetivo de esas veladas, sino que la gente acudía a Almack's para afirmar su posición dentro de la élite selecta de Londres y para buscar esposa. Era todo un acontecimiento para las madres con hijas en edad de merecer, y las exhibían con el fin de cazar el mejor partido.

Tan pronto la marquesa y Nelson entraron, fueron el centro de atención. La música pasó a un segundo plano, las parejas dejaron de bailar la contradanza en la pista de baile y se crearon varios corrillos variopintos donde hablaban en voz baja. Aun así, había más sorpresa que rechazo en las miradas que les dedicaban. A Nelson nada de eso lo intimidaba, además consideraba que el recibimiento no había sido tan frío como había imaginado. Miró de soslayo a su acompañante, quien lucía una sonrisa espléndida: tenía la barbilla alzada, desafiando a todo el mundo.

—Sigue caminando a mi lado y sonríe —le comunicó ella entre dientes, en voz baja para que solo lo oyera él—. Iremos a bailar a la pista de baile.

El hombre alzó una ceja, lo cierto era que tenía ganas de reírse por lo ridículo que le resultaba todo. Llegaron a la pista como si nada sucediera, se colocaron en sus respectivos lugares para la contradanza, poco a poco la gente dejó de murmurar y otras parejas se unieron. Aunque en ningún momento dejaron de ser el centro de atención.

Nelson hizo la pertinente reverencia, ella devolvió la cortesía,

tal como la contradanza exigía.

—Hemos ganado la primera batalla, Nelson —murmuró ella mientras se movía al compás de la música, él se alejó y esperó a que volviera a acercarse, entonces añadió—. No te han echado porque saben quién soy yo y lo que represento.

Nelson no la escuchaba, era demasiado consciente de Kassandra, de cómo se movía a su alrededor. Ella lo miró a los ojos cuando posó su mano en su cintura en un paso del baile, y la dama sintió cómo se le erizaba la piel. Se dejaron llevar y sus cuerpos danzaron en armonía como si se hubieran dedicado toda la vida a bailar. Y entonces la música cesó, se retiraron de la pista de baile, Kassandra logró ver entre la marea de gente a la persona que estaba buscando. Se trataba de una dama de unos cuarenta años que, a pesar de sus ropajes festivos y su cabello peinado con pulcritud, no podía disimular su edad.

—¿Ves aquella mujer con el vestido verde esmeralda? —le dijo ella a él—. Está cerca de la ventana, hablando con dos caballeros.

Nelson miró disimuladamente a donde le señalaba Kassandra con un gesto casi imperceptible de cabeza.

—Sí, la veo —mencionó cerca de su oreja.

—Se llama Elizabeth, la condesa Gatewhite, y es otra de las patronas de Almack's, tiene dos hijas en edad de casarse y su esposo es el embajador ruso. —Deslizó su mano por el brazo de Nelson—. Vamos, que te la presento, y sé encantador, por favor.

—Lo seré igual que un encantador de serpientes.

—¡Oh, eres imposible! —exclamó la marquesa intentando ahogar su risa.

Se acercaron a la condesa; esta, cuando vio que Kassandra se acercaba, se despidió de los dos caballeros.

—Oh, lady Gatewhite, qué alegría verla —saludó Kassandra.

—Lady Hayben, la echábamos de menos. ¿Ya ha regresado de Giffod Castle?

La condesa ignoró a Nelson, algo con lo que ya contaba Kassandra.

—Sí, nunca me canso de visitar el lugar donde vivieron mis ancestros, es como regresar a los orígenes. Me gustaría presentarle a mi acompañante, condesa, es el señor Wagner.

Fue en ese momento que la altiva dama se molestó a mirar a Nelson, este hizo una breve inclinación.

—Encantado de conocerla, milady, es todo un honor. La marquesa me ha hablado mucho de usted. Sin duda es un referente importante en la sociedad.

La adulación dio sus frutos, porque la condesa parecía un pavo real extendiendo las plumas.

—Oh, señor Wagner, la marquesa exagera. Pero tengo que reconocer que mi trabajo dentro y fuera de Almack's me lo tomo muy en serio. —Hablaba acompañando las palabras con gestos teatrales—. Espero que el empeño que yo pongo sea ejemplo para las demás damas. Qué sería de nuestras hijas si no veláramos por dejarles una mejor sociedad.

Kassandra y Nelson se miraron y sonrieron disimuladamente, dejando a la altiva condesa por imposible.

—¿Y sus preciosas hijas dónde están, lady Gatewhite? Me gustaría saludarlas.

La condesa miró hacia la pista de baile.

—Tenían muchas peticiones en sus tarjetas de baile. Pero no las veo, lo siento mucho, marquesa. —Desplegó su abanico y se refrescó el rostro—. Son tan hermosas que no tienen rivales.

Kassandra abrió los ojos como platos. Una de las hijas estaba en su segunda temporada, y la menor era su primera. Según sabía su casa no era visitada por muchos pretendientes, y los que acudían eran de menor rango que ellos, y terminaban por rechazarlos. El esposo de la condesa había aumentado la dote de las hijas con el fin de atraer a unos buenos pretendientes.

—No se preocupe, la noche es larga, ya habrá ocasión —dijo lady Hayben.

—Por cierto, marquesa, ¿la veremos a usted y a su cuñada en la reunión del próximo lunes? —preguntó plegando el abanico, miró en dirección a Nelson—. Es importante su presencia y la de la duquesa, hay temas delicados por tratar.

—Por supuesto que acudiremos —afirmó la dama.

En ese instante interrumpió la conversación un primo de la condesa, por lo que Kassandra y Nelson aprovecharon para despedirse y alejarse. Se encaminaron a la sala a buscar limonada para refrescarse.

—¿He sido lo suficientemente encantador? —preguntó Nelson en un tono gracioso.

—Has estado perfecto. ¿Has visto cómo te ha mirado cuando ha hablado de la reunión? —preguntó Kassandra.

—Sí.

Llegaron al salón, el yanqui cogió un vaso de limonada y se lo entregó a ella, después tomó otro para él. Ni allí se deshicieron de las miradas curiosas, seguían siendo el centro de atención. No era para menos, sus gestos, sus sonrisas, la manera en la que se miraban

indicaban que había una complicidad natural, como si formara parte de ellos.

—Los lunes es el día en que las patronas de Almack's nos reunimos —relató ella—. En estas reuniones decidimos si hay que expulsar a alguien, o a quien le damos una entrada de acceso.

—Ah, entiendo, me miraba porque yo voy a ser el tema principal por tratar.

—Tiene un plan, lo he visto en sus ojos astutos. Pero no te preocupes que lo tengo todo controlado.

Bebieron un sorbo del refresco y lo dejaron en la mesa. Regresaron a la pista de baile, conscientes de que la farsa debía continuar.

# Capítulo 6

Kassandra fue presentando a Nelson a gente relevante de la aristocracia. Pero él se cansó de fingir cortesía, y cada vez le costaba más ser encantador. Cuando ella iba a presentarle a la hija de un vizconde, el hombre la detuvo.

—Kassandra, salgamos y bailemos bajo la luna todo lo queda de la noche. La única persona que me importa de todas las que hay aquí dentro eres tú. Me da igual si los demás me aceptan o no.

Los ojos grises de la marquesa brillaron con dulzura.

—Nelson, hicimos un trato, y pronto tendrás disponibles a las hijas de estos altivos, para que escojas a una...

Él la acalló posando un dedo en sus labios.

—Solo me importas tú.

El tono suave y la mirada cautivadora del hombre provocaron que a la dama le temblaran las rodillas. Incapaz de resistirse, dejó que él la condujera a la terraza, desde allí accedieron al jardín, por unos escalones. Nelson buscó un lugar donde nadie los viera, pero que se pudiera escuchar la música de la orquestra. Y cuando consiguió su objetivo entre unos setos esculpidos artísticamente, deslizó su brazo musculoso por la pequeña cintura de la mujer. La pegó a su cuerpo, ella gimió desesperada; que sus pechos quedaran apretados en el torso masculino enardeció sus sentidos.

—Sé que no es nada decoroso bailar así de pegados... —susurró él. Empezó a moverse al son de las notas de la orquesta y ella lo

siguió—. Pero es la manera natural de hacerlo entre un hombre y una mujer que se gustan.

Ella sonrió; a pesar de que había luna llena, había una penumbra que les ofrecía un cobijo íntimo y a la vez sensual. Los ojos de la pareja brillaban por encima del ambiente nocturno, parecían estrellas relucientes. El aroma a miel y especias que desprendía él se filtró en las fosas nasales de la mujer y actuó de afrodisíaco.

—¿Nos gustamos, Nelson? —mencionó en un tono muy sensual, casi jadeante.

—Yo creo que sí… —Besó la comisura de sus labios antes de continuar—. Una dama como tú jamás se resistiría a un descarado yanqui como yo —dijo en un tono gracioso, que arrancó una ligera carcajada a Kassandra.

—¿No es un poco presuntuoso, señor Wagner?

Nelson pegó su cadera al cuerpo de la dama mientras seguían bailando, y ella notó la dureza de su excitación. Asombrada, se detuvo y provocó que él también lo hiciera. Los párpados de Kassandra descendieron un poco, su mirada adquirió un brillo soñador. Sus labios se entreabrieron, en su expresión había reflejado su deseo porque él la besara y la hiciera sentir mujer. Nelson notó que su cuerpo ardía de arriba abajo, ella era la viva imagen de la sensualidad. Y entonces su boca se acercó a la de ella, la dama escurrió su mano por la nuca de él y el contacto llegó lleno de sabor y pasión.

El hombre se quitó la levita y la extendió sobre la hierba a modo de manta. La tumbó de espaldas al suelo y él se colocó encima. Deslizó hacia abajo el escote del vestido dorado de la mujer. Chupó los pezones, su lengua eran llamas en sus pechos, no podía evitar jadear desesperada. Se arqueó cuando las chispas de la pasión viajaron por sus venas, que se concentraban en su pubis, haciéndolo palpitar, anhelante.

Nelson pareció darse cuenta de su ansiedad y deslizó su mano por debajo de la falda. Peleó con la prenda interior y no cejó en su empeño de quitarle los pantaloncillos. Ella abrió las piernas sin pudor, y cuando los dedos del hombre alcanzaron la humedad sensual que cubrían sus pliegues sonrosados e inflados de placer, su miembro pulsó entre sus piernas. Luchó violentamente con su necesidad de hundirse como un salvaje en su interior, y acarició el sexo de ella, de arriba abajo, de abajo arriba… como si estuviera tocando una danza sensual con un violín. Introdujo un dedo, dos, tres… y la respiración de la mujer se aceleró, sus pulmones

quemaban; sin embargo, se trataba de un fuego excitante que la encendía deliciosamente.

La mano desapareció y a ella se le escapó un suspiro de decepción.

—Nelson… —se quejó entre gemidos.

Él percibía los estremecimientos de ella, sabía lo que quería. Sacó su miembro y se colocó entre las piernas de la mujer. Le alzó el vestido y se inclinó, ella salió a su encuentro y lo besó apasionadamente mientras él, con su mano, agarraba su erección y la posicionaba entre los pliegues húmedos de ella. Ese roce fue una tortura para Nelson, su cuerpo demandaba ser saciado, su control pendía de un hilo. La penetró con lentitud mientras Kassandra se aferraba a los músculos duros de sus brazos para alzar las caderas en busca de una intimidad más profunda.

Nelson siseó con fervor, sus caderas tomaron impulso y arremetió con dureza. Ella jadeó de deleite, enredó sus hermosas piernas entorno a las caderas del hombre. Él no necesitó ninguna señal más: la embistió una vez detrás de otra, con dureza y sin pausa. Su virilidad resbalaba en el interior de la mujer de una manera tan exquisita que lo instó a aumentar el ritmo. No hubo descanso: él la penetraba y ella salía a su encuentro, las pelvis chocaban una y otra vez.

Estaban hechos el uno para el otro, sus cuerpos se acoplaban de una manera tan perfecta que la realidad dejó de existir, y ambos se introdujeron en un mundo donde flotaban y jadeaban. El cenit del placer llegó rodeado de destellos mágicos, la sangre en sus venas se convirtió en lava, y ambos fueron devorados en su calor abrasador.

Cuando la realidad cayó sobre ellos, ella lo miró maravillada. Sus ojos habían dejado de parpadear al sentirse completa. Su pecho palpitó al tomar conciencia de que Nelson le acababa de hacer el amor. Se sentía como Cenicienta; por unos instantes, en su mundo solo estaban él y ella. Pero tal como sucedía en el cuento, la magia que había tejido ese hombre con sus caricias desaparecería en cuanto Arthur se colara en sus pensamientos. Entonces, un torbellino de emociones amenazaría con arrastrarla al pozo oscuro de la frustración al recordar que con Arthur nunca había sido de aquella manera, porque nunca la había amado.

Nelson acunó su rostro y besó su cara por todas partes. Lo que acababa de sentir con esa mujer era perfecto, había sido como viajar hasta el cielo. La ayudó a alzarse y ambos se aseguraron de estar decentes para regresar al baile. Pero ninguno de los dos deseaba seguir en la fiesta, estaban extasiados.

Subieron al *barouche*, Nelson rodeó los hombros de Kassandra y ella apoyó la cabeza en su pecho. Se sentía maravillosamente, se sentía como en la luna, como si flotara en el firmamento. Su cuerpo no pesaba y su respiración acompasada parecía tocar la melodía de la vida. No desaprovecharía la ocasión de disfrutar de ese hombre unos minutos más, porque cuando llegaran a su hogar se prometió recuperar el sentido.

No dijeron nada durante el trayecto, el calor que emanaba de sus cuerpos, después de haber probado la fruta de la pasión, era la única conversación que deseaban mantener. Ansiaban marcar ese momento en sus pieles para el resto de sus vidas.

Cuando llegaron a Sython Palace, Kassandra bufó con fastidio.

—Yo no tengo problema en alargar la noche, Kassandra —mencionó en un tono travieso él, mientras la ayudaba a descender del vehículo.

El yanqui la atrajo a su cuerpo y la besó con fervor. Ella se separó de él, por alguna razón necesitaba poner distancia. Se había prometido recuperar el sentido en cuanto llegaran, pues todo estaba pasando demasiado deprisa y necesitaba enfriar su mente y su cuerpo para volver a ser la Kassandra de siempre. Nelson se estaba colando en su interior y por nada del mundo quería volver a amar a otro hombre.

—Nelson, por favor… —Gimió cuando la mano de él subió por su costado y se situó cerca de su pecho, para evitar la tentación dio un paso atrás y puso distancia—. Debemos seguir con nuestros planes: mañana iremos a un salón de té que han abierto hace poco y se está poniendo muy de moda. Ya sé que no te gusta el té, pero cualquier dama casadera de Londres disfruta de esos momentos y los aprovecha para conocer a sus pretendientes, y necesitas que te inviten a tomar té a sus casas. ¿Harás un esfuerzo y disimularás ante ellas tu aversión a esta bebida?

Esta vez fue él el que suspiró fastidiosamente.

—Si es el precio que tengo que pagar por estar contigo, lo aceptó sin rechistar.

—Bien. Y pasado mañana iremos a una exposición. —Le sonrió—. Buenas noches, Nelson.

Se dio la vuelta y echó a andar, pero Nelson la agarró de la muñeca y ella se vio obligada a detenerse. Se volteó y lo miró con ojos expectantes.

—Lo que ha pasado entre nosotros esta noche ha sido especial para mí, y sé que para ti también. Esas cosas un hombre las nota. —Le acarició la muñeca con el pulgar, era tan suave que podría estar

toda una vida acariciándola—. Seríamos muy felices si me aceptaras como tu esposo.

Después de lo que había pasado entre ellos, ella había temido ese momento.

—Nelson, por favor, yo, yo... no puedo porque... —La prudencia salió en su auxilio y apretó los labios antes de confesarle que empezaba a sentir algo por él.

—¿Por qué? —Achicó los ojos, como si estuviera escarbando en el interior de ella para descubrir lo que escondía, y lo que percibió provocó que su boca se ensanchara en una amplia sonrisa—. ¿Acaso tu coraza se está diluyendo como un azucarillo en la leche?

—Estoy cansada y no quiero hablar más del tema...

Como excusa sonaba muy patética, pero estaba sensible y su corazón quería gritarle que no le era indiferente y que deseaba darle una oportunidad. Pero el recuerdo de Arthur le advertía que ya una vez había sufrido por amor, y desde luego que no habría una segunda vez. Nelson la soltó y ella se marchó casi corriendo.

El hombre subió al *barouche* con una sonrisa de oreja a oreja. El cochero azuzó a los caballos para que se pusieran en marcha. Nelson se sentía eufórico e imaginó a Kassandra siendo su esposa. En ese instante podía decir, sin dudarlo un momento, que amaba a esa dama. Se había instalado en su corazón y la tenía grabada a fuego. Le gustaba todo de ella: su sonrisa, su conversación, su claridad de ideas y el cariño que sentía por su familia. Desde luego que la amaba, y la amaría hasta su último aliento.

Por su parte, Kassandra entró a su hogar. El interior de la casa seguía iluminado por las velas ubicadas en las diferentes lámparas. Había mucho silencio, algo difícil de encontrar en Sython Palace, con dos hijos revoltosos y un sobrino bebé. Estaba a punto de subir los escalones cuando la voz de Ralf la detuvo.

—Buenas noches, Kassandra.

Ella se dio la vuelta. Su hermano la contempló con un nudo en la garganta, pues ella tenía un brillo dulce en la mirada, como si tuviera un arcoíris en su interior y todos los colores salieran por sus ojos grises. En cierto modo le recordaba a Helen cuando lo miraba y él podía advertir lo mucho que lo amaba. Hacía tanto tiempo que no veía a su hermana tan extasiada, exactamente desde que se enamorara de Arthur, que fue cuando lució esa expresión radiante de felicidad.

—Hola, Ralf, ¿todavía despierto?

—Tenía que zanjar unos asuntos.

Ella se acercó, lo conocía demasiado bien y su mirada brillante

le advertía que le estaba mintiendo.

—Me estabas esperando.

Él cabeceó, había sido estúpido pensar en engañarla. Eran mellizos, y siempre se olvidaba de que parecían estar conectados de alguna manera.

—Jamás te he podido engañar, qué incrédulo pensar que lo haría esta noche.

Ella cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Dime qué te preocupa; aunque lo intuyo, prefiero escucharlo de tus labios.

—Nelson no te hará feliz.

—¿Y los hombres que tú me escogías me hubieran hecho feliz? —le recriminó su hermana.

—Siempre he escogido cuidadosamente tus posibles pretendientes, con la certeza de que tarde o temprano terminarías enamorándote de ellos. Pero los rechazaste a todos.

A Kassandra la conmovió la declaración; aun así, lo había pasado mal con su insistencia. Por otra parte, él estaba haciendo su labor como cabeza de familia.

—Te agradezco tu preocupación, Ralf. —Le acarició el rostro con cariño—. Siempre me has protegido.

—Eres mi hermana y te quiero. Si sufres yo también sufro.

Ella le sonrió con afecto antes de hablar.

—Ya te he dicho que no te preocupes. Sé lo que hago. Por cierto, me gustaría que meditaras en venderle un puñado de hectáreas.

Ralf tomó aire para calmarse.

—Mi respuesta es «no», y así se lo hice saber a él.

La hermana le agarró las manos y se las apretó con cariño.

—Oh, Ralf, no seas tan intransigente. Un puñado de hectáreas apenas se notará en la propiedad de Giffod Castle.

—No insistas. No se lo pondré fácil, Kassandra, porque Nelson te hará sufrir.

Ella hundió los hombros bastante hastiada. Empezaba a enfadarse de veras.

—¿Por qué me tendría que hacer sufrir?

—No lo conoces.

Ella no dudó en defenderlo.

—Es un buen hombre, Ralf. Eres tú quien no lo conoce.

—Un buen hombre no lucharía con los puños por dinero. —Kassandra lo miró sorprendida, su rostro se desencajó, entonces él supo que desconocía la afición de Nelson—. Por tu expresión

deduzco que no lo sabes.

El corazón de Kassandra empezó a alterarse.

—¿Qué tengo que saber? —murmuró en un hilo de voz.

—El famoso Club Lion, ese que se dedica a las apuestas de boxeo, pertenece a Nelson. ¿Acaso no te lo ha contado?

—No, no me lo ha contado… —susurró con la voz entrecortada.

Ella negó con la cabeza, recordó cuando Nelson le preguntó si le gustaba el boxeo porque quería llevarla a un combate. Hubiera sido aquel un buen momento para que le explicara todo sobre el Club Lion, sin embargo, había optado por guardar silencio y ocultarle la verdad. Si hacía un momento la idea de darle una oportunidad era una puerta que empezaba a abrirse, con esa noticia la había cerrado de un portazo. Apretó los dientes, se sentía traicionada, decepcionada, humillada… y más todavía teniendo en cuenta que la desilusión que había padecido con Arthur aún la sensibilizaba más frente a los secretos.

Kassandra se llevó una mano a la cabeza en un gesto involuntario, echaba un pulso a sus ganas de llorar, sus manos temblaban y su barbilla se sacudía. Ralf se dio cuenta y la abrazó sin recriminarle nada. Besó su cabeza y le dijo:

—Ve a descansar, mañana será otro día —le sugirió en un tono suave y cariñoso.

Ella asintió con la cabeza, miró a su hermano a los ojos. Si una cosa tenía clara como el agua recién caída de la lluvia era que con Helen a su lado, Ralf se había convertido en un hombre que no solo brillaba por sus cualidades como duque y como político, sino que como persona tenía mucho que aportar a una sociedad carente de sensibilidad y humanidad. Se sintió feliz de formar parte de esa familia, y eso alivió algo del dolor que le había provocado enterarse de la verdad de Nelson.

La dama se puso de puntillas y besó la mejilla de su hermano.

—Gracias, Ralf.

Y dicho esto emprendió la marcha a su alcoba, subiendo por los escalones con premura. Una vez que se encerró en sus aposentos, se tumbó en la cama y lloró hasta que se quedó dormida.

# Capítulo 7

Llegó un nuevo día y Nelson se despertó pronto. Las emociones de la jornada anterior habían provocado en él un estado de excitación que mantenía sus músculos en una exquisita tensión, por lo que bajó al cuadrilátero. Había varios boxeadores entrenando y él se sumó a la práctica. Vestía con unos pantalones blancos, y de cintura para arriba estaba desnudo. La musculatura se marcaba en su cuerpo como si fuera un gran tatuaje: cada relieve, cada surco formaba un muro de fortaleza y vigorosidad.

Sus músculos vibraron a cada golpe que daba, y su piel terminó quedando cubierta por la transpiración de su cuerpo. Como siempre, lo dio todo luchando, sin embargo, ese día estaba especialmente en forma; y él sabía el motivo: sus sentimientos por su dama lo revitalizaban y lo estaban haciendo invencible. Cuando el entrenamiento terminó, se dio un buen baño. Reconocía que disfrutaba compitiendo sobre el cuadrilátero, pero había tomado la determinación de vender el Club Lion y dejar definitivamente el boxeo; y ya tenía varias ofertas sobre la mesa. Dejaría atrás todo lo que le había importado los últimos años; con todo, y por muy raro que pareciera, no lo echaría de menos. No había nada en el mundo que le importara más que Kassandra, y por ella valía la pena cualquier sacrificio.

Un largo rato después, llegó el momento que tanto ansiaba. Con su faetón fue al hogar de Kassandra, ella ya estaba lista. Como

siempre, estaba radiante con un vestido de tarde color violeta con flores bordadas blancas y con encaje en el dobladillo y en el escote. La prenda de corte imperio lucía un cinturón trenzado de satén rosa bajo los senos. Encima llevaba una chaqueta spencer de seda en azul marino que se ataba con unas cintas y borlas. Complementaba el atuendo un bolsito del color del vestido, un bonete de ala ancha adornado con flores y lazos, los guantes y un parasol de encaje blanco.

Sin embargo, Nelson detectó que algo no iba bien nada más la vio. Su rostro hermoso estaba tenso, sus labios se mantenían apretados, como si se obligara a guardar silencio. Pero, sobre todo, lo que afirmaba su sensación de que algo le sucedía era que evitaba mirarlo. De hecho, miraba a todos lados menos a él.

Subieron al vehículo, él agarró las riendas y emprendieron la marcha. El ruido de las ruedas y el bullicio de una ciudad viva llenaron el silencio que mantenía la pareja. Nelson deseaba a la Kassandra del día anterior: jovial y feliz, y que lo mirara con ojos ilusionados. No pudo aguantar mucho más con la tensión que experimentaban todos sus sentidos, y decidió hablarle:

—¿Qué te sucede, Kassandra? —preguntó mientras instaba a los caballos a que aminoraran el ritmo.

Apoyó una mano sobre la de ella, pero la dama la retiró de inmediato. No solo no deseaba mirarlo, sino que tampoco quería que la tocara.

—Nada. —Su tono cortante avisaba al yanqui de lo contrario.

El faetón se detuvo en un lugar habilitado para ello y ambos se apearon. Empezaron a andar hacia el salón de té nuevo; la calle estaba transitada y no escaparon a las miradas curiosas. A esas alturas, y después del baile en Almack’s, todo Londres debía estar al tanto del interés romántico de la marquesa por el yanqui. Sin duda, esa historia llenaría de cotilleos las páginas de las revistas femeninas. Ella era plenamente consciente, pues notaba varios pares de ojos sobre ellos. El temor inundó a la dama, apretó entre sus manos el mango del parasol y agachó el rostro. Siguió andando con los ojos fijos en el suelo, ya que no sabía si sería capaz de poner buena cara a la gente, si podría disimular que Nelson la había decepcionada. Después de la conversación con su hermano no le quedaba duda alguna de que él no había sido sincero con ella. Se estaba arrepintiendo de sus decisiones, y lo peor de todo era que no se podía sacar de la cabeza lo acontecido la víspera, cuando él la acarició por todas partes y ella hizo caso a su corazón y se entregó sin reservas.

Pero con un dolor que le laceraba las entrañas admitía que se había equivocado. Empezaba a comprender que Nelson era otro hombre con secretos, otro hombre que, sin duda, con el tiempo la lastimaría. Y cuando lo hiciera se quedaría destrozada de nuevo. Quiso retorcerse de rabia por haber sido tan estúpida, porque solo ella era la culpable de todo al darle otra oportunidad al amor. Todos los hombres eran sapos, que por más que besara a uno de ellos jamás se convertiría en el príncipe de sus sueños.

Se dio cuenta de que no podía seguir con esa farsa sin implicarse más de lo necesario; ya había traspasado la línea que se había prohibido cruzar. Kassandra levantó la vista del suelo y vio que llegaban al establecimiento, entonces se detuvo. El sol le daba en el rostro, su bonete de ala ancha no era suficiente, por lo que abrió su parasol.

—Tal vez deberíamos dejarlo para otro día, Nelson. Hoy no me apetece.

Habló sin mirarlo a la cara, se apresuró a dar media vuelta para desandar lo andado, pero él la detuvo.

—A ti te pasa algo, lo he notado enseguida que has salido de Sython Palace, y no trates de esconderlo —explotó Nelson, empleando un tono duro.

Las gentes que pasaban cerca de ellos los observaban con interés y ella se obligó a sonreír.

—La gente nos mira —avisó la marquesa con fingida cordialidad.

Nelson miró a derecha y a izquierda. Ella estaba en lo cierto y apretó los dientes al tiempo que injuriaba en voz baja. Agarró a su acompañante y la condujo al vehículo, la ayudó a subir y él hizo lo propio, se acomodó a su lado. Decidió llevarla a un parque para dar un paseo mientras hablaban, pero necesitaba un sitio que fuera discreto, no tan frecuentado como el Hyde Park, pues quería algo de intimidad para conversar con Kassandra. Necesitaba saber qué le sucedía y arreglarlo, y no iba a esperar ni un minuto más.

—Quiero ir a mi casa —ordenó ella enfadada, cerrando su parasol.

—No hasta saber qué te sucede —profirió él igual de crispado.

No tardaron en llegar al lugar, se trataba de un parque que estaba a las afueras, recién remodelado y poco frecuentado. Kassandra estaba alterada y no aceptó la ayuda de Nelson para descender del carruaje.

—¡Iré a Sython Palace caminando! —clamó irritada, echando a andar deprisa por el camino que rodeaba el parque.

Hacía tiempo que no se sentía tan colérica y necesitaba alejarse de él antes de decir algo de lo que se arrepintiera. Nelson no dejó que huyera, salió tras ella y, sin más, deslizó un brazo por debajo de las rodillas, el otro por encima la cintura y la alzó.

—¡Nelson, bájame ya! —gritó agitando las piernas en el aire.

—No hasta que hablemos.

Se alejó de la zona donde se aparcaban los carruajes para acceder al parque y buscó un lugar apartado y privado. Encontró una glorieta rodeada de rosales que trepaban por la estructura de madera, la llevó hasta allí y la dejó en el suelo. Acunó su rostro evitando de este modo que ella se negara a verlo.

—Y ahora, mirándome a los ojos dime qué te sucede. Qué ha pasado para que en este intervalo de tiempo, entre la noche anterior hasta ahora, tu actitud hacia mí haya cambiado tanto. Y no aceptaré como respuesta un «nada».

Ella respiraba con agitación, la desilusión era un puñal clavado en su corazón. ¿Quería la verdad? Muy bien, se la daría sin florituras de ninguna clase.

—Si una cosa no soporto en un hombre es que me mienta. Arthur se pasó la vida mintiéndome, escondiendo su… su afición sexual por muchachas demasiado jóvenes. Yo lo tenía en un pedestal, y cuando supe de tu mentira todo ese dolor volvió a mí. ¡No quiero que se repita nunca más! ¿Satisfecho? Pues ahora déjame en paz.

Nelson arrugó el entrecejo, lo estaba insultando otra vez comparándolo con Arthur; se estaba convirtiendo en una costumbre que empezaba a aborrecer. Sin embargo, en esta ocasión no entendía el motivo. Contuvo su enfado y se obligó a emplear un tono comedido.

—¿En qué te he mentido? —Quiso saber él, estaba dispuesto a aclarar las cosas.

—¿Y aún me lo preguntas?

Se apartó bruscamente del yanqui y le dio la espalda. Todo su cuerpo temblaba y se abrazó a su parasol con objetivo de evitarlo. Enfocó la mirada en el paisaje: había un pequeño estanque artificial a unos metros de la glorieta, los nenúfares blancos y rosados flotaban en la superficie. Se escuchaban las ranas croar y ella creyó ver una que saltaba de flor en flor, pero no le prestó atención. Sintió las manos de Nelson apretar cariñosamente sus hombros, y le dio la vuelta.

—¿En qué te he decepcionado, Kassandra?

—¿Te suena el Club Lion? Tuviste la oportunidad de contarme

la verdad cuando me preguntaste si me gustaba el boxeo.

Nelson se enderezó cuan largo era y comprendió. Para ella era importante la confianza, y después del dolor que le había causado Arthur lo entendía muy bien. Cabeceó al darse cuenta de que había cometido un error, y no tuvo reparo en reconocerlo.

—Me he equivocado no diciéndotelo, pero en ningún caso te he mentido.

Ella soltó una carcajada sarcástica, lo miró con recelo.

—No, no me has mentido, desde luego, solo me has ocultado la verdad. Yo no veo diferencia, sinceramente.

—No quería que te alejaras de mí. Por eso me comporté como un cobarde y guardé silencio. Pero desde que te conozco mis prioridades han cambiado. Mañana tengo una entrevista con un comprador, he decidido vender mi negocio y retirarme para siempre. No boxearé nunca más, te lo prometo… —Paseó el dedo por su mejilla y por la barbilla-—. Tú eres lo único que me importa, Kassandra.

El rostro de la mujer cambió por completo. Estaba asimilando todo lo que decía, y si era una ofrenda de amor lo que Nelson le estaba ofreciendo, estaba dando resultado. Su enfado fue diluyéndose y su lugar lo ocupó un estado de euforia que le costó controlar, pero temió estar equivocada y quiso asegurarse.

—¿Me estás diciendo que vas a renunciar a todo por mí?

Nelson contestó de inmediato.

—Sí. —Kassandra parpadeó sorprendida—. ¿Cuándo aceptarás que estamos hechos el uno para el otro? Yo te amo, Kassandra. Creo que me enamoré el día en que te vi en Giffod Castle, algo brotó en mí, pero no sé nada de amor y lo único que entendí en ese momento era que te quería como esposa. Puedo afirmar que lo que siento por ti es amor, amor sincero, de ese tipo de amor que dura toda la eternidad.

Nelson acercó su rostro al de ella, besó sus labios de color de las fresas como si saboreara un delicioso dulce. Ella cerró los ojos y dejó que él la apretara contra su fornido cuerpo, le gustaba sentir el tibio calor que emanaban sus poderosos músculos. No tardó en temblar entre sus brazos, ansiaba tenerlo piel contra piel en un lecho cubierto de sábanas de seda. Nelson se separó cuando su cuerpo demandó mucho más, se sostuvieron la mirada, él enrolló en su dedo uno de los tirabuzones que salía por su bonete.

—Mi bella dama… cuando estemos casados no te dejaré salir de nuestro lecho.

—¿Y nuestro plan, Nelson?

—Nunca fue mi plan, sino el tuyo —dijo—. Siempre te advertí de mis intenciones, solo accedí para tenerte cerca y poderte hacer cambiar de opinión.

—Pues casi lo estás logrando.

—¿Eso quiere decir que aceptas casarte conmigo?

Ella puso cara de estar pensando. Su corazón la instaba a que dijera que «sí», pero no sería un «sí» rotundo y sincero.

—Bueno, vas por buen camino… —mencionó la marquesa con cierto retintín.

—Dejemos el salón de té para otro día, quiero estar a solas contigo… —Miró a su alrededor—. Busquemos un lugar apartado.

Ella le sonrió con picardía al tiempo que sus ojos se oscurecieron de pasión dando su aprobación. Nelson la agarró de la mano, y corrieron por el parque entre risas y juegos. Y cuando se cercioraron de que nadie los veía, que la madre naturaleza los ocultaba, Nelson amó a la mujer con todos sus sentidos. La besó y la acarició por todas partes. Disfrutó de su aroma suave a flor de lavanda, de su tacto satinado y de su cuerpo perfecto, creado para amarlo solo a él. Y después la penetró lentamente, la hizo gemir a cada dulce embestida y no se detuvo hasta que gritó su nombre con desesperación.

***

La luz del amanecer cubrió Londres con su luz anaranjada y se filtró por la suave niebla que se posaba como un manto sobre el Támesis a primera hora. Como cualquier importante ciudad, las calles empezaron a llenarse, el ajetreo era continuo y ensordecedor a ratos. Londres era una ciudad de contrastes, y los lugares donde habitaba la nobleza relucían espléndidos. Los mercados exhibían sus verduras, frutas, carnes y pescados. Y había otros lugares donde la pobreza se extendía sin compasión.

Nelson se había levantado pronto, y ese día lo había hecho con alegría, pero sobre todo con esperanza. Poco a poco, las reticencias que parecían cubrir los pensamientos de su dama se deshacían como el hielo acariciado por el sol. Sabía que aún le quedaba un largo camino; sin embargo, en los últimos días había dado pasos importantes para ganarse su amor y su confianza. Su vida, tal como la conocía antes de verla por primera vez, quedaría en el pasado, y esperaba con anhelo que los días fueran pasando hasta que

Kassandra le diera el «sí» definitivo.

Se vistió rápido y Martha se enfadó porque no prestó atención al suculento desayuno que había preparado esa jornada. Pero no tenía tiempo para nada, pues había quedado con un comprador interesado en el Club Lion. Cabe decir que desde que se corriera el rumor —que se había extendido como la pólvora— sobre la venta de tan prolífero negocio, todo había sido propuestas. Sin embargo, había una encima de la mesa que había captado su atención y pasaba por encima de las demás. Se trataba de la misma oferta que había recibido un año atrás, y que él había rechazado. La había hecho un hombre, también procedente de Charleston, que había hecho fortuna con sus plantaciones de tabaco y quería comprar su club. También era amante del boxeo, pero su vejez le impedía pelear, aunque solo fuera por *hobby*, por lo que sabía que amaría el Club Lion tanto como él mismo.

Se reunieron en el despacho que tenía en la planta inferior. Le ofreció un puro y también una copa de brandy. La reunión fue muy bien, no solo porque le prometió más dinero de lo que esperaba, con su promesa de que no atendiera las otras ofertas, sino que en el contrato había una cláusula de celebrar un último combate. Nada más se enteró de la propuesta, paseó su lengua de expectación por sus labios y sus ojos se oscurecieron ante el reto. Desde luego que sería todo un acontecimiento, ya que se trataría de su último encuentro, por lo que las apuestas se dispararían como nunca antes. A él siempre le habían gustado los retos, su sangre se revolucionaba y sus músculos se recargaban de fuerza. Teniendo en cuenta que ya nunca más boxearía, la tentación fue enorme y acabó por acceder. Sería su último combate, y después se dedicaría en cuerpo y alma a hacer feliz a Kassandra. Se dieron la mano, y solo quedaba redactar el contrato que se firmaría en los próximos días.

***

Era lunes, y como todos los lunes se había celebrado la reunión de las patronas de Almack's. Era de noche y llovía ligeramente, pero no hacía mucho frío. Kassandra y Helen regresaban a Sython Palace en el carruaje de ciudad con el escudo familiar grabado en las portezuelas: dos espadas cruzadas, y entre las hojas había una flamante rosa. El vehículo era tirado por cuatro zainos. El interior estaba tapizado en tela de damasco dorada y lo conducían dos

cocheros vestidos con libreas verde oscuro, botones dorados, pelucas y tricornios. Helen iba sentada pegada a la ventana, y Kassandra delante de ella.

—Siento haberte puesto en un compromiso, Helen —mencionó la marquesa.

—Oh, querida, no hace falta que te disculpes. —Acompañó las palabras con un gesto desenfadado de una mano—. Ya va siendo hora de que retome mis obligaciones, y acudir a estas reuniones es una de estas. Además, ambas sabemos que la condesa de Gatewhite es una bruja.

Las mujeres estallaron a carcajadas.

—Por eso tenía tanto interés en que fueras a la reunión. Introducir a Nelson en la alta sociedad tenía un precio, que es aceptar su invitación a una cena de gala importante para la condesa. Su esposo es embajador y quiere ampliar su círculo de influencia con Ralf.

—Te vio con Nelson y maquinó según su conveniencia —dijo la duquesa, encogiéndose de hombros—. Pero ya te he dicho que no le des importancia, cenar con los invitados de la condesa será una experiencia... memorable.

—Una dama siempre es amable y correcta, aunque la gente con la que tenga que tratar sea insoportable.

Helen suspiró cansinamente.

—Es lo más difícil de mi papel como duquesa. De verdad es un trabajo tedioso. A veces odio vivir en Londres. Todo es más fácil en Giffod Castle, ¿verdad, querida? —Le guiñó un ojo con picardía.

La marquesa rio al captar la indirecta.

—Oh, cuñada, a veces eres imposible, fue casualidad que me encontrara con Nelson. ¡Tienes mucha imaginación! Pero si tengo que hacer honor a la verdad, reconozco que se vive mejor en Giffod Castle que aquí, rodeada de arpías.

—No sé por qué tengo la intuición de que no me lo cuentas todo.

Kassandra cabeceó. Helen y ella habían creado unos lazos de amistad tan fuertes que los secretos entre ellas no existían.

—Está bien, te lo contaré —claudicó la marquesa.

Kassandra le explicó el encuentro que tuvo con Nelson y su propuesta de matrimonio al cabo de minutos. Le contó su insistencia, y también el beso que le dio en el lago. Pero lo que le arrancó carcajadas a la duquesa fue cuando se enteró de la propuesta que le hizo Kassandra de simular su interés por Nelson para introducirlo en los círculos más selectos.

—¡Oh, Kassandra, es magnífico tu atrevimiento! —exclamó eufórica—. Yo no hubiera tenido valor.

—Fui una descarada… —Se tapó la cara con las manos, una dama jamás era tan osada.

—Es tu cuento de hadas, y mereces ser feliz. Nelson va camino de ser aceptado por la aristocracia.

—El problema será Ralf, a él no le gustan estas reuniones en las que será utilizado por los anfitriones. Y la condesa de Gatewhite y el embajador sacarán toda su artillería para acorralarlo.

Helen alzó sus cejas de un tono rubio oscuro como su cabello.

—Querida, ¿acaso no conoces a Ralf? Él jamás se deja utilizar y pone a cada cual en su sitio. Además, convencerlo para que vaya a esa cena aburrida es cosa mía, así que no le des más vueltas… —Sonrió traviesamente—. ¡Sé cómo convencerlo!

Kassandra no pudo evitar reírse.

—Eres imposible, cuñada.

—No te atrevas a regañarme —increpó con humor la duquesa—, por lo radiante de tu rostro imagino que a Nelson tampoco te cuesta convencerlo… —Se tapó la boca con la mano y se carcajeó.

—¡Oh, Helen, eres incorregible! —Se llevó las manos a ambas mejillas, notaba que estaban sonrojadas—. Espero que nadie lo note.

—Yo lo noto porque te conozco. —Se puso seria—. Y no sabes lo feliz que me haces, ¡nunca te he visto tan bien ni tan radiante! El amor tiene el poder de devolver la luz en el interior de las personas, y Nelson te ha devuelto tu luz.

Kassandra se emocionó, se sentó al borde de su asiento y acunó las manos de Helen.

—Amo a Nelson, no puedo dejar de pensar en él. Y por las noches… —Carraspeó—. Me despierto sudorosa porque sueño con él.

Helen palmeó las manos de su cuñada.

—¿No crees que deberías confesárselo?

Kassandra suspiró y se volvió a acomodar en su asiento.

—Todavía no estoy preparada.

—Pues te aconsejo que no tardes. El amor sincero es eterno, y cada día de espera es un día que pierdes para ser feliz.

Tales palabras impactaron a la marquesa. «Tal vez mañana se lo diga», pensó.

—Quiero darte las gracias, Helen.

La duquesa frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Antes de que entraras en la vida de mi hermano, yo era una dama de la aristocracia bastante altiva. Me perdonaste siempre, incluso cuando quise alejar a mi hermano de ti. Has sido un rayo de luz para Ralf y para mí.

—¡Oh, cállate, me vas a hacer llorar!

Helen se levantó y se sentó al lado de su cuñada y se abrazaron como lo harían dos buenas amigas.

# Capítulo 8

Al día siguiente, como cada día en las últimas jornadas, Kassandra y Nelson se encontraron para dar un paseo, o ir a tomar un trozo de tarta en algún establecimiento de moda, o visitar alguna exposición, incluso una noche fueron a la ópera. Y todos sus encuentros terminaban escondidos en algún rincón, dando rienda suelta a sus instintos, empujados por esa necesidad de sentirse y amarse. Pero esa tarde, Nelson tenía otros planes.

—Dime dónde me llevas . —Quiso saber ella.

Desde que habían salido de Sython Palace hacía cinco minutos no habían dejado de caminar.

—Ya casi hemos llegado —informó él.

Nelson se sacó el pañuelo blanco del bolsillo superior de su levita.

—Quiero que sea una sorpresa y necesito taparte los ojos, ¿te fías de mí? —preguntó él.

Ella le sonrió antes de contestarle.

—Por supuesto que me fío de ti.

Él le tapó los ojos y la agarró de la cintura para conducirla al lugar que quería que viera. Solo caminaron unos metros más, y después Nelson se detuvo, obligando a que ella hiciera lo mismo.

—¿Estás preparada? —interrogó el yanqui.

—Sí.

El hombre deshizo el nudo del pañuelo, la tela se deslizó por el

rostro de la mujer. Sus pupilas se abrieron para adaptarse a la luz, y entonces, frente a ella, descubrió una mansión. Su boca tomó la forma de una gran O, no era para menos, la vivienda era de estilo jacobino, construida en ladrillo, con una fachada central donde predominaban las columnas y pilastras, y arcadas de arcos de medio punto. Pegadas a esta espectacular fachada había unidas dos enormes alas, cuyas ventanas estaban divididas con parteluz y por una exuberante decoración, tanto externa como interna.

—He comprado Biham House a un vizconde, en un par de días firmo las escrituras.

—Es magnífica, Nelson... —Es todo lo que pudo decir, pues se sentía abrumada por lo que eso significaba.

—Desde luego que no es tan grande como Sython Palace, además necesita alguna reforma interior. Pero es suficiente para nosotros dos, Edmund, Victoria, y tal vez algún otro hijo. Y está a cinco minutos andando de tu familia, por lo que los tendrás cerca.

Nelson había pensado en todo, no había dejado nada al azar.

—No sé qué decir...

Nelson deslizó sus enormes manos por su cintura, la acercó a su cuerpo y cubrió de besos su rostro.

—Te quiero, mi bella dama. Solo di que sí, que me aceptas como esposo y que tendremos un futuro de ensueño, un futuro de cuento. Iré ahora mismo a pedirle la mano a tu hermano.

La mirada sincera de él provocó en Kassandra un remolino de emociones: ilusión, esperanza, dulzura... Respiró varias bocanadas de aire seguidas para tranquilizarse, había meditado mucho sobre si confesarle el alcance de sus sentimientos, y había decidido admitir, de una vez por todas, lo mucho que lo amaba. Pero apareció ese nudo en su garganta que le impedía respirar. El nombre de Arthur llegó a su mente como una sombra que aparece del pasado, y no pudo evitar que sus intenciones se enfriaran.

—Aún no estoy preparada, Nelson. Lo siento...

Esas palabras habían salido de su boca sin siquiera haberlas pensado, era como si su corazón hubiera tomado las riendas y hubiera expresado lo que sentía. Y era cierto: todavía sus heridas debían cicatrizar del todo para entregarse a él. Porque cuando se entregara a Nelson lo haría en cuerpo y alma, sin atisbo de duda que pudiera empañar su felicidad.

—No lo sientas. Esperaré el tiempo que haga falta, Kassandra.

***

Los días fueron transcurriendo, Nelson se había convertido en el hombre de moda de Londres y era invitado por la nobleza más selecta. Los miércoles, en Almack's, era asediado por madres con hijas casaderas y por mujeres de todas las edades; su aire a pirata y su porte exótico las atraía. Sin embargo, él solo tenía ojos para Kassandra y huía de todas ellas. Sabía que para su dama eran importantes las apariencias, lo comprendía pues había sido educada dentro del seno de una notable familia, y aguantaba estoicamente. Porque él no necesitaba el consentimiento de aquella venenosa gente, quería mantenerse alejado de su falsedad y maquinaciones.

Kassandra y Helen estaba en el salón familiar de Sython Place. La estancia era de una tonalidad celeste relajante, había dos sofás y tres butacas rococó, y un piano de cola blanco presidia el centro de la estancia. Victoria y Edmund estaban sentados en el taburete frente a las teclas, componiendo una melodía. El pequeño Ralf gateaba en una manta que habían extendido en el suelo, de vez en cuando se ponía de rodillas y agitaba un sonajero. Su madre se mantenía en cuclillas a su lado y sonreía cada vez que su pequeño retoño reía motivado por el sonido del sonajero.

Frente a Helen y a su hijo, permanecía Kassandra, que miraba con interés una revista de moda femenina, sentada en una butaca; sus pies calzados con unos zapatos de satén permanecían posados cómodamente sobre un escabel.

—¿Has visto los patrones de los nuevos vestidos que están de moda? —Alargó su brazo y le pasó el folleto a Helen—. Han bajado la cintura, y las mangas de algunos modelos se pueden quitar.

La duquesa abrió los ojos de par en par, mostrando su agrado.

—¡Oh, son modelos preciosos! —exclamó.

—Podríamos decirle a la modista que nos confeccione algunos de estos vestidos.

—Sí, me gustaría mucho. —Señaló con el dedo uno de los trajes —. Este me encanta.

No pudieron continuar, pues Ralf entró en el salón, había llegado del Parlamento. Besó las cabezas de Victoria y Edmund, se acercó a Helen y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó la duquesa mientras aceptaba el contacto dulce de su esposo.

—¡Muy bien! —Cogió al pequeño Ralf en brazos, y lo alzó—. ¡Hola, pequeñín, papá te ha echado mucho de menos!

El bebé gorjeó mostrando su contento. Helen se puso de pie.

—¡Tendrías que ver cómo se ríe con el sonajero!

Kassandra miró a sus hijos, seguían ambos sentados en la

butaca, frente al piano, intentando componer una melodía que de momento sonaba como el grito afónico de un becerro, les haría falta practicar mucho para conseguir su objetivo. Inmediatamente, se centró en su hermano y en su cuñada.

—Ahora que estáis los dos juntos, quisiera deciros una cosa.

Ralf sostuvo a su hijo en brazos, el pequeño empezó a tirar de las orejas de su padre, tanto Helen como Kassandra rieron.

—¿Qué sucede, Kassandra? —preguntó su hermano, su hijo tiraba de sus orejas y también de su pelo, pero el duque aguantaba con estoicismo.

—Creo que voy a aceptar la propuesta de matrimonio de Nelson.

—¿De verdad? —preguntó una eufórica Helen, abrazó a su cuñada—. ¡Me alegro mucho!

—Lo amo... —Le sostuvo la mirada a su hermano—. Ralf, seguramente vendrá a pedir mi mano, y espero que nos des tu bendición. —Los ojos de su hermano eran dos bloques de hielo—. No me mires así, me duele...

—Estás cometiendo un error, no creo que un hombre que boxea sea un ejemplo para tus hijos. ¿Qué harás si tu hijo quiere que Nelson le enseñe a dar golpes con los puños?

—¿Todavía estás con eso? Nelson ha vendido su club y ha dejado de boxear para siempre. Me lo prometió, y yo confío en él.

Ralf cabeceó.

—¿Él te ha prometido tal cosa?

—Sí, y lo ha cumplido.

El duque bufó sonoramente, le entregó el pequeño Ralf a su esposa.

—Quiero enseñarte una cosa, Kassandra. ¿Vamos?

—¿Qué sucede, querido? —preguntó la duquesa.

—Después te lo explico.

El semblante grave de su hermano advirtió a la marquesa de que tenía que darle una mala noticia. Que fueran mellizos los dotaba de una conexión profunda y sabía que algo sucedía. Se sentía como el día en que Ralf la había llevado a conocer a Victoria. Por aquel entonces el recuerdo de su marido era un tesoro en su corazón, pero Ralf le había quitado las vendas de los ojos y le había enseñado cómo era en realidad Arthur. Y en aquel momento sus ojos mostraban otra vez ese brillo pesaroso y culpable, porque sabía que la verdad le haría daño, un daño que él sentiría también en su propio corazón.

El rostro de Kassandra se quedó blanco. El temor era grande y

en un principio se resistió seguir a su hermano. Pero acabó accediendo, no era una cobarde y debía enfrentarse a la verdad.

Ralf y Kassandra subieron al landó; una vez acomodados, uno al lado del otro, él ordenó al cochero que se pusiera en marcha. Kassandra sentía cómo el pasado revivía en ese instante, cuando Ralf le había confesado el secreto que había estado guardando durante tiempo. La había llevado a la casa donde tenía a Victoria, allí le había confesado que a Arthur le gustaba violar a niñas, y que, en un acto abominable como ese, había dejado embarazada a su doncella Emily. Ralf se había enterado poco después, cuando el ama de llaves, en su lecho de muerte, se lo había confesado. Su hermano había buscado a la muchacha y la había encontrado malviviendo en un edificio en ruinas con otros vagabundos. Pero la chica estaba débil y enferma, y murió al dar a luz. El duque se encargó de la niña en secreto, y cuando tuvo valor se lo confesó a Kassandra. Y ella sentía que ese día se estaba convirtiendo en presente, porque Ralf le desvelaría algo de Nelson que la destrozaría.

Estaba tan absorta la marquesa que, cuando llegaron al destino, Ralf la sacó de su ensimismamiento.

—Ya hemos llegado, Kassandra.

La dama dio un respingo, bajó y miró a su alrededor. Estaba en el Club Lion, debía haber combate, pues los gritos salían por la puerta y llenaban el ambiente.

—¿Qué hacemos aquí, Ralf?

—Solo quiero que veas con tus ojos que Nelson jamás cumplirá sus promesas.

Kassandra se quedó petrificada, dio varias bocanadas de aire antes de seguir a su hermano. Este le ofreció el brazo, ella lo aceptó consciente de que necesitaría su apoyo. Entraron en el edificio, se abrieron paso por las gentes exaltadas que no paraban de gritar. Su hermano había deslizado su enorme brazo por sus hombros para protegerla de los empujones. Y entonces Kassandra vio sobre el cuadrilátero a un hombre que conocía demasiado bien. Allí estaba Nelson, con unas calzas color crema, con el torso descubierto y sudoroso, y el cabello mojado debido al esfuerzo. Sus ojos estaban inyectados en sangre debido a la pasión que ponía en propinar golpes a su contrincante. Sintió cómo los ojos le picaban fruto de las lágrimas que habían acudido en tropel. Desafió a sus lágrimas y las obligó a quedarse encerradas en sus ojos. Él le había dicho que había dejado de luchar, que lo había hecho por ella porque la amaba. Su amor no debía valer mucho cuando solo le había llevado unos días romper su promesa.

Y entonces, sus miradas se encontraron. Kassandra cortó de inmediato todo contacto visual con Nelson. Sin embargo, esos segundos de distracción fueron suficientes para que el contrincante del yanqui le propinara dos puñetazos, uno detrás de otro, que lo dejaron *KO* en el suelo, y en consecuencia perdiera el combate.

—Ralf, sácame de aquí —pidió desesperada ella.

No tuvo que repetírselo dos veces, el duque sacó a su hermana de allí. La ayudó a subir al landó y marcharon de allí a toda velocidad.

—Lo siento, Kassandra. Incluso en el Parlamento se hablaba del combate del año, y hay carteles pegados por la ciudad. No entiendo por qué te hizo una promesa que no pensaba cumplir. No es de fiar y tú te mereces algo mejor. Dicho esto, si aún deseas aceptar su propuesta matrimonial, a regañadientes tendrás mi bendición. Sabes que decidas lo que decidas, Helen y yo estaremos apoyándote.

Ella no dijo nada, retorcía entre sus dedos la falda de su vestido de muselina verde lavanda. Mantenía la cabeza gacha, se avergonzaba de haber confiado en el amor una segunda vez. Ralf maldijo a Nelson, le hubiera gustado ser él mismo quien lo hubiera dejado inconsciente en el suelo.

Cuando llegó a Sython Palace, Kassandra informó al servicio de que Nelson no sería recibido por ella nunca más. Después se encerró en su alcoba, necesitaba lamer sus heridas en soledad.

***

Nelson estaba sentado en una silla cerca de la ventana con las cortinas corridas. Martha precisaba de toda la luz posible para evaluar sus lesiones y para limpiarle la sangre que tenía adherida en el rostro. Su contrincante lo había tumbado con dos puñetazos, uno había impactado en el ojo, y el otro en la mandíbula. Luciría durante días unos moratones, pero eso no era nada comparable con el dolor que le habían provocado los ojos de Kassandra. En ellos había visto la tristeza, la desilusión y el sufrimiento, muy parecido al brillo de las lágrimas que había visto cuando la conoció en Giffod Castle. La había perdido, y lo peor de todo era que no sabía cómo recuperarla.

—¡Ay! No aprietes, Martha, que me duele —se quejó.

—Oh, bien merecido lo tiene, señorito —lo regañó la mujer mientras hundía el paño en una palangana llena de agua.

Nelson la miró e hizo una mueca torcida, achicó los ojos y comprendió.

—Lo dices por Kassandra.

—Sí, ha cometido una auténtica tontería —aseveró escurriendo el paño—. ¿Por qué no le dijo nada de su último combate? —le preguntó enfadada, le limpió la sangre que brotaba de una herida abierta en la mandíbula—. La señorita Kassandra ha hecho bien en enfadarse, yo en su lugar también lo hubiera hecho.

—Me sirves de mucha ayuda —mencionó irritado—. Y no se lo dije porque no quise preocuparla.

—Pues entonces no debía haberle dicho que había dejado de competir para siempre. ¿Cómo va a creer en su palabra de nuevo?

Nelson agachó el rostro para esconder su culpabilidad. Se sentía inquieto y se removió en su asiento.

—No creerá nunca más en mí, Martha. Para ella es muy importante la confianza y me he equivocado, y ahora… la he perdido. Mi pasión por el boxeo ha sido mi perdición, y lo más triste es que ni el boxeo me sirve ya. Desde que conozco a Kassandra todo me ha dejado de interesar y solo me importa ella.

—Pues vaya manera de demostrárselo, señorito.

Nelson no encontraba una postura que lo tranquilizara, y se levantó hastiado. La silla parecía tener clavos, en realidad estaba demasiado nervioso y nada lograba calmarlo.

—Ahora ella pensará que soy un mentiroso como su difunto marido. Y no, no voy a rendirme, ella tendrá que escucharme.

—¿Va a ir a Sython Palace?

—En cuanto me asee y me cambie de ropa.

—Bien, señorito, no esperaba menos de usted. Este es el único combate que debe importarle a partir de ahora.

# Capítulo 9

A Nelson no le llevó mucho tiempo arreglarse, y cuando terminó fue a Sython Palace. Pero como temía, Kassandra no lo recibió y se marchó. Fue al día siguiente, y al siguiente, y al otro, y todos los días de la siguiente semana, y de la posterior… pero siempre conseguía el mismo resultado: ella se negaba a recibirlo.

Y llegó el mes de julio, y un día Ralf se compadeció del yanqui y lo hizo pasar a su biblioteca. Esa jornada era calurosa, por lo que el duque tenía las ventanas abiertas para que el ambiente se refrescara. Ralf se sentó en la butaca de delante de su escritorio y Nelson hizo lo propio en la de al lado. El noble miró de reojo al yanqui: estaba bastante desmejorado, había perdido peso, lucía unas enormes ojeras y su rostro bronceado cada vez lo estaba menos. Tenía el aspecto de un hombre que vivía recluido en su hogar y que se estaba consumiendo poco a poco; definitivamente era la viva imagen del sufrimiento.

Hubo unos segundos de silencio, solo roto por la melodía de los pájaros que cantaban en el jardín y que entraba por las ventanas abiertas.

—¿Quiere que le sirva un brandy? —preguntó Ralf, rompiendo el mutismo entre ambos.

El invitado asintió y el duque se levantó y le sirvió un vaso con un poco de brandy. No le pasó inadvertido el ligero temblor de la mano de Nelson. Ralf cada vez estaba más impresionado, el hombre

que se presentara por primera vez ante él cuando Kassandra lo invitó a Sython Palace, vivaz y seguro de sí mismo, emanando una fuerza y una determinación férrea por cada poro de piel, había desaparecido. En el fondo Nelson y él se parecían, porque también tiempo atrás se había equivocado y había metido la pata hasta el fondo, cuando en un arrebato de ira había acusado a Helen de ser una mentirosa. Ella lo había rechazado, tal como había hecho Kassandra con el yanqui. Por aquel entonces las heridas familiares no estaban sanadas y cometió su error más grande. La desesperación cubrió su ser y sus pensamientos, porque su amor por su esposa era sincero, eterno y puro como el cielo. Y en Nelson se veía a sí mismo. Ralf cabeceó al comprender que él amaba con sinceridad a su hermana.

—Quisiera ver a Kassandra, excelencia —pidió el yanqui en cuanto se bebió de un sorbo el contenido de su vaso.

—Ella no quiere hablar con usted, señor Wagner. Aún está afectada. Dele tiempo.

Nelson miró su vaso vacío, alzó la vista y se dirigió al duque.

—Dígame la verdad, excelencia, ¿la he perdido para siempre?

Ralf hundió los hombros y decidió decirle la verdad.

—No lo sé. Kassandra sufrió mucho con la traición de Arthur, y creo que todo ese dolor se ha sumado a la decepción…

No quiso continuar, era como rematar a un animal herido y él no era un desalmado. A decir verdad, empezaba a respetar a ese hombre.

Nelson se levantó, dejó el vaso sobre la mesa.

—Gracias, creo que será mejor para Kassandra que no venga más.

Giró sobre sí mismo para irse, pero la voz del duque lo detuvo.

—Señor Wagner, ¿aún está interesado en las tierras de Giffod Castle que lindan con las suyas?

Ralf lo había dicho sin pensar, era como si la culpabilidad asomara en su interior y echara raíces. Empezaba a entender, con una agria sensación posada en la boca de su estómago, que se había equivocado al juzgar a ese hombre.

El yanqui se volvió. La amarga tristeza había hecho mella en él, su rostro tenía una lividez enfermiza, y Ralf no salía de su asombro.

—No, excelencia. De hecho, esa propiedad está en venta.

Dicho esto, le hizo una reverencia y se marchó, dejando al duque pensativo: ¿quizá Nelson se marchaba de Londres?

***

Era la tarde de un día de mediados de julio. Kassandra llegaba a Sython Palace después de pasear en Hyde Park con sus hijos. Les encantaba dar de comer a los patos, tal como les había enseñado su tía Helen. Solo en esos momentos con sus hijos se olvidaba de Nelson. La herida que le había dejado era profunda, más si cabe que la de Arthur, porque con su difunto esposo había sido un enamoramiento juvenil y con Nelson había experimentado el amor profundo y pasional, un amor que deja huella.

El carruaje se paró a la entrada y ella y sus hijos descendieron. La enorme puerta de entrada estaba abierta, Ralf y Helen se estaban despidiendo del médico, mientras este esperaba que el mozo de cuadra trajera su faetón. No tardó en aparecer, el doctor hizo una reverencia, se subió al vehículo y se marchó. Los duques la vieron y esperaron a que se acercara.

—Hola —saludó la marquesa cuando llegó a la altura de ellos, sus hijos pasaron corriendo a su lado.

—Mamá, vamos a tomar un vaso de leche y galletas —gritó Edmund, cogiendo a su hermana de la mano.

—Ese par están todo el día comiendo —dijo la marquesa cabeceando—. ¿Qué hacía el médico aquí? ¿Acaso alguno de vosotros dos está enfermo? —preguntó mirándolos alternativamente.

Helen y Ralf se contemplaron sonrientes, ella se llevó una palma a su vientre y él posó su gran mano sobre la de su esposa, como si ambos acunaran un enorme tesoro. Kassandra miró el lugar con el ceño replegado, y al instante entendió.

—¡Oh, qué alegría, voy a tener otro sobrino! —exclamó.

—Sí, y espero que esta vez sea una niña —mencionó la duquesa.

Ralf besó la mejilla de su esposa, su rostro radiante y sus ojos negros mostraban su amor sincero. Su hermano había conseguido su cuento de hadas con final feliz. No pudo evitar pensar cómo se sentiría ella si Nelson la amara tal como el duque amaba a su duquesa, su amor era sincero y sin engaños. La tristeza le provocó un nudo en la garganta, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Helen se dio cuenta, su hermoso rostro se puso serio mientras acortaba la distancia con su cuñada.

—Kassandra… —La abrazó, bien sabía que su sufrimiento tenía un nombre: Nelson.

—Tendrías que hablar con Nelson —dijo Ralf.

La marquesa se limpió las lágrimas con el pañuelo que le entregó su hermano.

—No hay nada de qué hablar —prorrumpió con dureza—. Además, a ti nunca te cayó bien.

—Tampoco le di una oportunidad, ahora se la daría.

—¡Oh, Ralf, déjalo estar, no quiero escuchar nada de ese hombre!

Le entregó el pañuelo de mala manera y enfiló al interior.

—¿Señorita Kassandra?

La marquesa se detuvo y se dio la vuelta. Vio a una mujer de piel oscura, bajita y rolliza, que vestía con un exquisito atuendo color ocre de encaje, llevaba un chal en un tono crema sobre los hombros y un bonete a juego. En su mano retorcía un pequeño bolso.

—Señorita Kassandra, soy Martha.

Puso cara de circunstancia al acordarse de que no había hecho una reverencia. Se agachó y, cuando se levantó, se alisó la falda en un gesto nervioso. Era la primera vez que se vestía tan elegante y se sentía incómoda. Había hecho el esfuerzo por Nelson, ya que por él haría cualquier cosa.

—Martha... —musitó la marquesa, no la conocía en persona, pero él le había hablado mucho de ella y era como si la conociera —. Nelson me ha hablado de usted.

—El señorito también me ha hablado de usted, señorita.

Esa mujer era muy peculiar y chispeante, y arrancó una sonrisa no solo a Kassandra, sino a Helen y a Ralf.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó Kassandra.

—Sí, tengo un problema... —Miró al duque y a la duquesa, como si evaluara si era prudente continuar.

—Nosotros os dejamos solas —mencionó el duque, que había visto el recelo de la mujer.

—Entremos todos a tomar una taza de té —sugirió la marquesa, alargó el brazo instando a la invitada a que entrara.

Martha alzó la mirada al cielo y contempló Sython Palace con los ojos abiertos como naranjas, su enorme tamaño la intimidó.

—No hace falta, señorita, yo solo venía a decirle que el señorito partirá mañana a Charleston. Él la ama, señorita, no es el mismo desde que cometió ese estúpido error.

—Yo, yo... —Kassandra no sabía qué decir.

—El señorito es un buen hombre, pero no es perfecto, nadie en este mundo lo es. Quiero pedirle que hable con él. Estamos en

Biham House. Tiene hasta mañana por la tarde, señorita. Piénselo.

La rolliza mujer se dio la vuelta y se marchó. Los tres se la quedaron mirando y no dejaron de hacerlo hasta que desapareció cuando atravesó la puerta de hierro fundido por la cual se accedía a la propiedad.

—Tendrías que hablar con Nelson —manifestó Helen, agarrando a su cuñada cariñosamente por la cintura.

—Yo también creo que deberías hablar con él y aclarar las cosas —añadió su hermano.

Kassandra miró a su hermano, después a Helen, entonces dijo:

—No.

***

Esa noche Kassandra no podía dormir. Iba de un lado a otro de la cama, se destapaba, se volvía a tapar, se levantaba, paseaba un rato, y así fueron pasando las horas. El sueño le era esquivo y no acudía a ella para brindarle descanso. Y la culpa la tenía ese vacío en su interior que amenazaba con estrangularla.

Sí, cierto, echaba de menos a Nelson, a su descarado atractivo y a su carácter desvergonzado. Él era su amigo, su amante, su mitad perfecta. Le encantaban sus conversaciones, y siempre le solía arrancar carcajadas con su punzante ingenio. Pero lo que más echaba de menos era la sensación de sentirse plena cuando lo tenía entre sus piernas y le hacía el amor.

Sin embargo, tenía miedo, un miedo que se cubría de desesperación y le impedía pensar con coherencia. No sabía si podría confiar en él de nuevo, y le daba pánico que la engañara, porque si lo hacía se convertiría en una mujer amargada. Con Arthur había aprendido que detrás de una dulce sonrisa podía habitar el alma más oscura. Con Nelson, en cambio, había probado las mieles del amor. Pero de nada servía amar si no había confianza.

Amaneció, esa jornada el sol amenazaba con cubrir de calor la ciudad de Londres. Kassandra se levantó y se vistió con un vestido sencillo amarillo pastel con rayas blancas. No quiso desayunar, pues tenía el estómago revuelto. Se quedó en su habitación contemplando el jardín a través de la ventana. Su mirada melancólica se posaba en las flores, en los árboles, en los pájaros. Buscaba con qué distraerse, necesitaba sacarse la angustia de su cuerpo cuando pensaba que no volvería a ver a Nelson nunca más.

Las horas fueron pasando, y la mente de Kassandra se convirtió en una olla de grillos. Ya era de tarde, pronto Nelson partiría a Charleston. El cielo empezó a cubrirse de nubes de tormenta, algún relámpago con su destello avisaba a lo lejos que pronto caería un aguacero. El cansancio y la desesperación empujaron al llanto a la marquesa. Sabía que debía tener un aspecto horrible, por lo que se acercó a su tocador y se miró en el espejo. Tenía las mejillas húmedas debido al llanto, se apreciaban unas ligeras ojeras violáceas bajo los ojos, consecuencia de lo poco que había dormido. Pero lo que más le impactó fue percibir su sufrimiento a través de sus pupilas abiertas. Casi podía apreciar su tormento, su dolor, su angustia por no tener a Nelson a su lado.

—Nelson…

Pronunció su nombre en voz baja, acariciando con su lengua cada letra. Empezó a faltarle el aire: solo él podía salvarla de ella misma. Esa realidad fue como un látigo abriendo sus carnes. Reconocía que su decepción con Arthur no la superaría estando sola el resto de su vida. Necesitaba a Nelson, necesita su mirada de amor, sus manos pasionales, sus labios pronunciando que la amaba. Necesitaba envolverse en la seguridad que él le proporcionaba convirtiéndolos en un solo corazón. Lo amaba, y no se escondería privando a ese amor de aire.

A toda prisa, se puso un chal y corrió escaleras abajo. Se encontró con su hermano, que subía.

—Hola, Kassandra, precisamente iba a ver cómo estabas. Nos tienes preocupados, llevas desde ayer encerrada en tu alcoba.

Ella no lo escuchaba, agarró a su hermano de las manos.

—Amo a Nelson… —jadeó entre lágrimas, era lo único que en ese momento le importaba.

Él le contestó con una sonrisa mientras asentía.

—Entonces démonos prisa, debes decírselo antes de que se marche.

Llovía a cántaros, por lo que acercarse a Biham House caminando quedaba totalmente descartado, si no querían coger una pulmonía. Utilizaron el carruaje de ciudad, que ofrecía mejor protección frente a la tormenta. Los cocheros azuzaron a los caballos, las ruedas cruzaban los charcos a toda prisa y las gotas se estrellaban en el techo del vehículo, su sonido estremecía, pero Kassandra solo podía pensar en Nelson. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Como Biham House no estaba muy lejos, llegaron enseguida. El carruaje se detuvo, Ralf se giró para coger el paraguas, que tenía

apoyado en un costado, pero Kassandra no quiso esperarlo y salió a toda prisa, sin importarle que la fuerte lluvia la mojara de arriba abajo. Vio un carruaje frente a la puerta, Nelson estaba a punto de entrar en el vehículo. La marquesa se detuvo, el chal estaba empapado y su peso provocó que se deslizara por la espalda y cayera al suelo.

—¡Nelson! —gritó a todo pulmón, el volteó el rostro y se quedó con la boca abierta—. ¡Te amo!

El hombre cerró los ojos al creer que su mente le jugaba una mala pasada, pero cuando abrió los párpados, Kassandra, la mujer que amaba más que a él mismo, seguía allí. Caminó hacia ella, al principio con vacilación, y terminó acelerando el paso, como si temiera que desapareciera si no corría. Cuando llegó a su altura, se quitó la capa y la protegió de la lluvia. Ambos fueron a la entrada de su hogar y se refugiaron debajo del pórtico. Kassandra agarró a Nelson por las solapas de su levita.

—Por favor, quédate conmigo, no te vayas a Charleston —rogó —. Te amo.

Él acunó su rostro y su corazón se colmó de felicidad.

—Yo también te amo, Kassandra. ¿Cómo te has enterado de que me iba? No se lo dije a nadie.

—Martha vino a verme.

El yanqui encogió el ceño.

—¿Martha? —preguntó, esa risueña mujer nunca dejaba de sorprenderlo.

—Sí, y tenías razón, es una mujer muy especial.

—Sé que me equivoqué, mi amor, y…

Ella lo silenció con un beso.

—Yo también me equivoqué; tal como dijo Martha, nadie es perfecto. Pero nuestro amor sí lo es, Nelson, tan perfecto que me deja sin aire.

—¿Eso quiere decir que aceptas mi propuesta de matrimonio?

Kassandra asintió con ímpetu mientras decía:

—¡Sí!

Nelson la abrazó fuerte, temía estar en un sueño, pero la lluvia helada le recordaba que no estaba soñando. Entre tanto, Ralf miraba, complacido, la escena desde la ventanilla del carruaje, sonrió de felicidad, era el momento de dejarlos solos, por lo que ordenó al cochero que regresara a Sython Palace.

El yanqui se dio cuenta de que ella estaba empapada y temblaba de frío. Entraron y ordenó que le prepararan un baño caliente y encendieran la chimenea. Y cuando ella recuperó el

aliento, Nelson la depositó en su lecho cubierto de sábanas de seda. Sus labios se deslizaron por el cuello de su dama muy despacio. Su boca fue resbalando por la piel caliente y subió las montañas de sus pechos. Colocó besos de pasión en sus cumbres erectas.

Después, se deslizó por su vientre, descansó en su ombligo un breve momento antes de seguir su camino. Y entonces alcanzó el lugar ansiado, un capullo tierno y rosado. En ese lugar plasmó lo mucho que la quería, cada lamida era una declaración de amor. Y cuando la tuvo ardiendo en sus brazos, la embistió, prometiendo en cada arremetida amarla el resto de su vida.

Las siguientes semanas fueron ajetreadas con la preparación de la boda entre la marquesa y el yanqui. Las revistas de sociedad relataban la historia como si de un cuento de hadas se tratara. En el fondo, Kassandra se sentía como una princesa de uno de esos cuentos, ya no veía sapos, sino que sus ojos siempre estaban fijos en Nelson, su príncipe.

Llegó el otoño, época en la que habían decidido casarse; era el momento de recoger los frutos y ellos cosechaban los frutos de su amor. Kassandra lució hermosa con su vestido de novia celeste con un brillante brocado plateado. Él se atavió con un suntuoso frac confeccionado especialmente para ese día.

Ralf la llevó al altar y entregó a su hermana a un hombre que sabía que la amaría como ella merecía. La fiesta se celebró en Sython Palace y fue todo un acontecimiento.

Las estaciones fueron pasando una detrás de otra. Kassandra y Nelson no solo llenaron de risas Biham House con Edmund y Victoria, sino que la vida los bendijo con otra hija.

La familia se llenó de pequeñines, pues el duque y la duquesa tuvieron cinco retoños en total, tres varones y dos hermosas muchachitas.

Nelson y Ralf, con el tiempo, se hicieron muy buenos amigos, incluso fundaron un banco juntos.

Kassandra fue una esposa y una madre muy dichosa. Aprendió junto a Nelson que los cuentos de hadas con finales felices sí existen. Se cumplió el «fueron felices y comieron perdices».

FIN

**Había una vez una dama con el corazón roto… y entonces apareció un yanqui desvergonzado.**




Después de que le rompieran el corazón, Kassandra, marquesa de Hayben, no creía en los cuentos de finales felices. Disimula su dolor frente a su familia, y sus dos hijos son su razón de vivir. Sin embargo, ella aún es joven y hermosa y atrae a muchos pretendientes, a los que rechaza sin contemplaciones para desesperación de su hermano.

Nelson Wagner es un yanki adinerado que hace y dice lo que piensa sin medir consecuencias. Un día conoce a Kassandra, y decide que ella será su esposa, pero la dama lo rechaza. Él sabe que será difícil hacerla cambiar de opinión, sin embargo, utilizará su descarado encanto para conquistarla.

**¿Conseguirá su «fueron felices y comieron perdices»?**

**Encarna Magín** nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.




Edición en formato digital: abril de 2022


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes de portada: Shutterstock



ISBN: 978-84-19116-45-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

# Índice